

NORTE

CUARTA EPOCA-REVISTA HISPANO-AMERICANA-NUM. 283



NORTE

REVISTA HISPANO-AMERICANA

Fundada en 1929

Publicación bimestral del Frente de Afirmación Hispanista, A.C. / Lago Ginebra No. 47-C, México 17, D.F. / Teléfono: 541-15-46 / Registrada como correspondencia de 2a. clase en la Administración de Correos No. 1 de México, D.F., el día 14 de junio de 1963. / Derechos de autor registrados. / F.A.H., A.C.: Miembro de la Cámara Nacional de la Industria Editorial. / Director Fundador: Alfonso Camín Meana. Tercera y cuarta época: Fredo Arias de la Canal.

Impresa y encuadernada en los talleres de Impresos Reforma, S.A. Dr. Andrade No. 42, Tels. 578-81-85 y 578-67-48, México 7, D.F. Diseño y servicios gráficos de arte: Editores de Comunicación Creativa.

El Frente de Afirmación Hispanista, A.C. envía gratuitamente esta publicación a sus asociados, patrocinadores, simpatizantes y colaboradores; igualmente, a los diversos organismos culturales privados y gubernamentales de todo el mundo.

NORTE

NORTE, revista hispano-americana. Número 283, mayo-junio, 1978.

SUMARIO

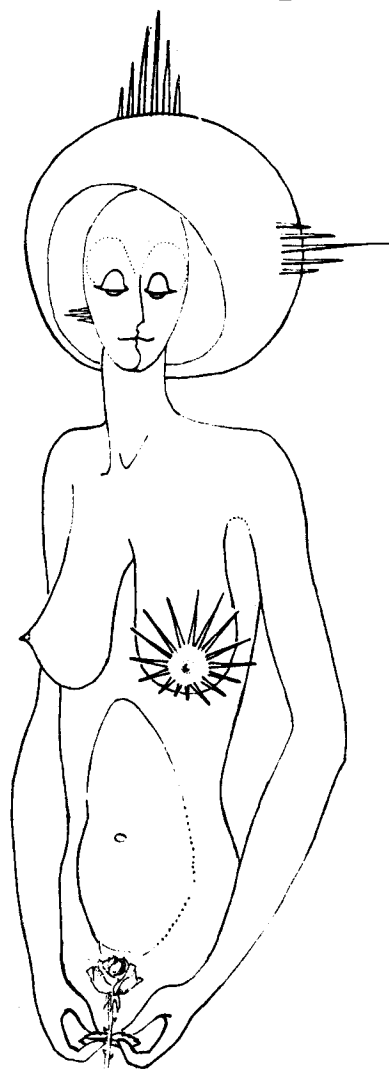
LOS SIMBOLOS DE LOS OJOS, LAS ESTRELLAS Y LA LUZ	5
CARTAS DE SOLIDARIDAD DE LA COMUNIDAD HISPANOAMERICANA	36
PATROCINADORES	39
DIBUJOS DE ODILON REDON, PAGINAS DE LA 7 A LA 31.	
ENSAMBLE GRAFICO DE JORGE SILVA, PAGINA 33	

—oOo—

Portada y contraportada: Arte popular de Guerrero, México.

ENSAYO
el mamífero hipócrita VII

LOS SIMBOLOS DE LOS
OJOS, LAS ESTRELLAS
Y LA LUZ



Fredo Arias de la Canal

PRIMERA PARTE

Yo puedo gritar
yo puedo llorar,
yo puedo ofrecer mi llanto,
todo mi llanto por la luz...
¡por una gota de luz!

León Felipe

José Ortega y Gasset (1883-1955), en su artículo **Psicoanálisis. Ciencia problemática** (1911), se queja de que esta disciplina se haya basado primordialmente en la descripción minuciosa de los efectos y no directamente en la averiguación de las causas:

Por qué tenga todo esto que ser así nó lo dice Freud: en general, la «psicología de profundidad», que acusa a toda otra psicología de limitarse a la descripción de los fenómenos psíquicos sin mostrar su mecanismo, suele olvidarse de comunicarnos por qué es necesario que las cosas acontezcan como, según sus suposiciones, acontecen. Ahora bien: si alguna diferencia esencial existe entre **el método explicativo o de mecanismo** y **el método simplemente descriptivo**, es que aquel revela el porqué de las variaciones fenoménicas y este se contenta con fijar lo positivamente acaecido y clasificarlo según caracteres exteriores más o menos convencionales. Pero los psicoanalistas dicen meramente: «Los fenómenos dados tienen esta explicación.» Y si se les pide que muestren por qué esta y no otra cualquiera, responden: «Nosotros no buscamos causas **a priori**.» Bien, cabe pensar; pero no se trata de causas metafísicas; **lo característico del porqué en la ciencia moderna** no es ningún valor y entidad mística que se conceda a supuestos poderes ocultos, sino, más sencillamente, consiste en la fórmula de una **conexión necesaria entre series de variaciones fenoménicas**. Esta conexión es necesaria cuando es exacta, ni más ni menos; **cuando a cada elemento de una serie corresponde en la otra serie uno y solo uno**; cuando, en una palabra, se puede establecer entre los hechos una función de expresión matemática más o menos conclusa. Cuando esto es imposible la ciencia se contenta con ser descriptiva.

¿Pero quién le dijo a Ortega que el método descriptivo no debe desembocar en el explicativo? Freud seguramente leyó el comentario de Ortega y en **Los instintos y sus destinos** (1915), replicó:

Hemos oído expresar más de una vez la opinión de que una ciencia debe hallarse edificada sobre conceptos fundamentales, claros y precisamente definidos. En realidad, ninguna ciencia, ni aun la más exacta, comienza por tales definiciones. El verdadero principio de la actividad científica consiste más bien en la descripción de fenómenos, que luego son agrupados, ordenados y relacionados entre sí.

En los menesteres científicos no hay que “comer ansias” ni pretender conocer el porqué de los fenómenos en un abrir y cerrar de ojos. Es preciso intentar ser humilde, paciente y perseverante, y alejarse del camino corto pero inseguro de la palabra revelada de líricos y místicos. Es fácil acusar al método descriptivo de ser dogmático y así reprimir su esfuerzo. Lo difícil es permitirle la acumulación de datos específicos mediante la observación e indagación consistentes, la exposición clara y concisa de las selecciones y comparaciones, y el planteamiento hipotético del resultado inductivo que haya surgido de dichas comparaciones que no son otra cosa —como dice Ortega— que “la fórmula de una conexión necesaria entre series de variaciones fenoménicas”.

En su ensayo filosófico **Ideas y creencias. Los mundos interiores** (1940), Ortega paró mientes en lo que representaba para el hombre la poesía:

El «mundo poético» es, en efecto, el ejemplo más transparente de lo que he llamado «mundos interiores». En él aparecen con descuido cinismo y como a la intemperie los caracteres propios de estos. Nos damos cuenta de que es pura invención nuestra, engendro de nuestra fantasía. No lo tomamos como realidad y, sin embargo nos ocupamos con sus objetos lo mismo que nos ocupamos con las cosas del mundo exterior, es decir —ya que vivir es ocuparse—, vivimos muchos ratos alojados en el orbe poético y ausentes del real. Conviene, de paso, reconocer que **nadie hasta ahora ha dado una mediana respuesta a la cuestión de por qué hace el hombre poesía**, de por qué se crea con no poco esfuerzo un universo poético. Y la verdad es que la cosa no puede ser más extraña. ¡Como si el hombre no tuviera de sobra qué hacer con su mundo real para que no necesite explicación el hecho de que se entretenga en imaginar deliberadamente irrealidades!



Nuestros lectores saben que Bergler inició la investigación analítica y descriptiva de los síntomas del poeta y escritor habiendo inducido que ciertos hombres hacen poesía o se dan leche simbólica como una defensa autárquica contra la adaptación inconsciente al deseo de ser muertos de sed por su **imago matris**. Toda proyección estética de los sentimientos humanos, o sea todo lirismo, equivale a un fabricarse el propio alimento prescindiendo de la **imago matris** hambreadora. **La cultura es la leche simbólica de la humanidad.**

En el mismo artículo, reflexiona Ortega que la ciencia está mucho más cerca de la poesía que de la realidad y que lo científicamente verdadero no es sino un caso particular de lo fantástico, puesto que brota de la misma raíz que la poesía, del don imaginativo.

Desde luego que si no hubiera imaginación no habría inteligencia, mas entre el hombre lírico y el intelectual, entre el dionisiaco y el socrático existe una diferencia básica que vislumbró Nietzsche (1844-1900) en **Génesis de la tragedia**:

Mientras que en los artistas es el instinto una fuerza creadora-afirmativa y el estado consciente actúa crítica y disuasivamente, en el caso de Sócrates es el instinto el crítico y la conciencia la que se convierte en creadora. ¡En verdad, una monstruosidad per defectum! Específicamente, observamos aquí un defecto monstruoso de cualquier disposición mística, de tal manera que Sócrates puede ser llamado el típico antimístico, en quien, a través de una hipertrofia, su naturaleza lógica se desarrolló tan excesivamente como el conocimiento intuitivo en el místico.

Fue Sócrates el primer analista de poetas, por lo que éstos lo acusaron de impiedad y votaron por su muerte. Sócrates en **Apología**, dijo:

Entonces comprendí que no por sabiduría escriben los poetas poesía, sino por una especie de genio e inspiración; ellos son como los adivinos y profetas quienes además dicen muchas sabias cosas, pero que no entienden el significado de ellas.

También dijo Sócrates en **Ion**:

... casi todos los poetas hablan de las mismas cosas.

El hecho de que Sócrates haya sido el antimístico, antidionisiaco y antipoeta por excelencia, no quiere decir que no se haya dejado arrastrar por el delicado canto de las musas en su juventud, como lo expresó Platón en **República**. Mas como Sócrates declaró que la poesía era un juego infantil, no cabe otra cosa que pensar que el **Fedón** fue prostituido por los cristianos cuando lo tradujeron del griego. Valdría la pena hacer un estudio serio para comprobarlo. Veamos lo que algún místico cristiano puso en labios de Sócrates, al narrar una visión alucinante de la otra tierra:

En primer lugar, mi querido Simmias, dícese que mirando esta tierra desde un punto elevado parece como una de nuestras pelotas de viento, cubierta con doce bandas de diferentes colores, de las que no son sino una muestra las que usan los pintores; porque **los colores de esta tierra son infinitamente más brillantes** y más puros. Una es de color de púrpura, maravilloso; otra de color de oro; ésta de un **blanco** más brillante que la nieve y el yeso, y así de todos los demás colores, que son de una calidad y de una belleza a que en manera alguna se aproximan los que aquí vemos. Las cavidades mismas de esta tierra, llenas de agua y aire, muestran cierta variedad y son distintas entre sí; de manera que el aspecto de la tierra presenta una infinidad de matices maravillosos admirablemente diversificados. En esta otra tierra tan acabada, todo es una perfección que guarda proporción con ella, los árboles, las flores, los frutos; las montañas y las **pedras** son tan tersas y de una limpieza y de un **brillo** tales, que no hay nada que se les parezca. Nuestras esmeraldas, nuestros jaspes, nuestras ágatas, que tanto estimamos aquí, no son más que pequeños pedacitos de ella. No hay una sola piedra en esta dichosa tierra que no sea infinitamente más bella que las nuestras; y la causa de esto es, porque todas estas piedras preciosas son puras, no están roídas ni mordidas como las nuestras por la acritud de las sales y por la corrupción de los sedimentos que de allí descenden a nuestra tierra inferior, donde se acumulan e infestan no sólo las piedras y la tierra, sino también las plantas y los animales. Además de todas estas bellezas, esta dichosa tierra es rica en oro, plata y otros metales, que, derramados en abundancia por to-

das partes, despiden por uno y por otro lado una **brillantez** que encanta la vista; de manera que el aspecto de esta tierra es un espectáculo de bienaventurados.

Aldous Huxley (1894-1963), en **Cielo e Inferno**, expone sus experiencias alucinantes provocadas por la ingestión de mescalina, o ácido lisérgico en las que, como a los poetas y místicos, se le aparecían los símbolos de la piedra, vidrio, pájaro, fieras y luz:

¿Cuáles son los aspectos comunes que estos patrones imponen sobre nuestras experiencias visionarias? La primera y más importante es la **experiencia de la luz**. Todo lo que ven aquellos que se acercan a las criaturas psicológicas de la mente (antípodas) está **brillantemente iluminado y parece tener un resplandor interior**. Todos los colores están intensificados a un grado muy superior a todo lo que se ve en estado normal y al mismo tiempo la capacidad mental para reconocer distinciones tenues de acento y matiz se aumenta notablemente.

En el libro **Psychodietetics**, de los autores Cherskin y Ringdorf, existe un capítulo sobre las características psíquicas y químicas de la esquizofrenia que nos puede ayudar a estudiar más profundamente a los místicos, líricos o poetas. Allí leemos:

De acuerdo con Hoffer y Osmond, los esquizofrénicos convierten la epinefrina, una hormona producida por la glándula adrenal, en por lo menos dos sustancias: adrenocromo y adrenolutina, en cantidades anormales. Estos productos químicos son alucinógenos. El esquizofrénico no necesita ácido lisérgico (LSD) para percibir visiones, puesto que su cuerpo produce drogas similares.

Al final del capítulo se consigna una lista de síntomas esquizofrénicos, entre los cuales encontramos los siguientes:

- La gente me mira como si estuviera muerta.
- Los ojos de la gente me parecen punzantes y aterradores.
- Siento rayos de energía sobre mí.

—Mucha gente tiene halos (aureolas fosforescentes) alrededor de sus cabezas.

—Algunas veces tengo visiones de animales o panoramas.

—Algunas veces el mundo se vuelve muy brillante cuando lo miro.

—Frecuentemente veo chispas o puntos de luz flotando ante mí.

—A veces siento que estoy siendo pinchado por cosas invisibles.

—En ocasiones siento rayos de electricidad disparándose contra mí.

Evidentemente lo que produce estas alucinaciones son las drogas producidas por el cuerpo. Mas, si bien se mira, lo que hacen las drogas es desvelar lo que ya por fuerza estaba en la mente del esquizofrénico. ¿Qué provoca la autoformación de las drogas? Posiblemente la tensión emocional constante, el insomnio, la subalimentación, etc., que desestabilizan el aparato endócrino del sujeto. ¿Y de dónde proviene la tensión nerviosa causante de todos estos síntomas? De acuerdo con las teorías de Edmundo Bergler, de una reacción a la adaptación inconsciente a la idea de ser muerto de hambre por la **imago matris**. Esta reacción o defensa contra la adaptación masoquista inconsciente será siempre de agresión y luego de tensión. Mas hay que enfatizar que las circunstancias que formaron **a la adaptación inconsciente a la muerte se representan en símbolos**. Es por esto que el esquizofrénico vive rodeado de una serie de símbolos indescifrables, parecidos a las sombras proyectadas en la pared de la cueva, en la parábola de Platón. Veamos el poema **Anticipada** del libro **Catedrales de hormigas**, de la poetisa cubana Lalita Curbelo Barberán:

Es como si me anticipara a
la muerte.

Es una **sensación de estar
muerta entre vivos,
o estar viva
entre muertos.**

Es como si tocara fantasmas
y les dejara
ardiendo
las vísceras
inexistentes.



Es como si resbalara
por arquitecturas torpes
y dejara **un rayo
de luz
en la frente herida
de la gente!**
O como si tocara con mis
manos asesinas
y hechas para
la madera y el bosque,
la superficie límpida
y fina de los seres
que me rodean.

Es como si me anticipara a
todo con
un hastío tremendo.
**Y mis ojos miraran por vez primera
los objetos,**
como si se despidieran . . .
Es como si me anticipara a la
muerte.
Es una sensación de estar muerta
entre vivos
o de estar
viva entre muertos!

Es . . . lo inexistente dentro de mí,
descentrada, desprendida, ausente . . .
Es mi yo salido de mis mundos
o yo en mundos que no pulsan ni
mi nombre ni mi frente.

¡Yo!

Sí —como dice Ortega— lo característico del **porqué** en la ciencia moderna estriba en la conexión necesaria entre series de variaciones fenoménicas, cuando a cada elemento de una serie corresponde en la otra serie uno y sólo uno; entonces se comprenderá mi esfuerzo en analizar, catalogar y comparar las “mismas cosas” de que hablan los poetas, para demostrar que dichos fenómenos obedecen a una causa específica que no es otra cosa que la erotización de los temores infantiles experimentados traumáticamente en la fase oral del poeta. Al demostrar la conexión necesaria entre los ejemplos e induciendo, por ellos, la causa primordial, automáticamente se descifran los símbolos poéticos, oníricos, legendarios y mitológicos por primera vez desde un ángulo científico explicativo, culminando, con esto, cien años de labor psioana-

lítica iniciada por Breuer, fundamentada por Freud y sintetizada por Bergler.

Ahora entremos en materia, agrupando una serie de ejemplos poéticos en los que observaremos la aparición del símbolo de la luz.

Ibn Zamrak (1333-1393), árabe-español, en su poema **Una candela encendida**, relacionó el recuerdo del pezón materno al símbolo de la luz:

Aumentó mi pasión y aguijoneó mi anhelo
una candela embozada en mantos de sombra.
Entre la oscuridad me hacía señas, como un **dedo
blanco teñido de rojo en la punta**, y perteneciente
a una mano escondida.

Si no soplabla la brisa, **brillaba su llama como un
hierro de lanza:**
si la brisa lo torcía, se achataba como una
pulsera de luz.
Me ditrajo una noche en que me desazonaba el
deseo,
porque lucía unas veces, y otras se apagaba.

Si yo decía: «No luce», me sacaba la lengua;
si yo decía «No se apaga», retiraba su luz.
Así, hasta que el alba salió del golfo de negrura,
y el céfiro del jardín nos destapó su pomo de aroma.
¡Dios te guarde, candela, porque pareces mi alma,
que también se consume en las ansias del amor!

Teresa de Avila (1515-1582), en **Las moradas**, relaciona además la luz a la leche:

“¡Oh, vida de mi vida y sustento que me sustentas!, y cosas de esta manera; porque de aquellos **pechos divinos**, donde parece está Dios siempre sustentando al alma, salen **rayos de leche** que a toda la gente del castillo confortan . . .”

Nietzsche (1844-1900), en **La canción de la noche** de **Así habló Zaratustra**, plasmó una imagen psicótica parecida a la de Santa Teresa:

“Oh, sólo vosotros los oscuros, los nocturnos, sacáis calor de lo que brilla! ¡Oh, sólo vosotros bebéis leche y consuelo de las ubres de la luz!”

Juana de Ibarbourou (n.1895), en su poema **La Luna**, de su libro **El cántaro fresco**, relaciona también la leche a la luz:

Cuando miro la luna brillante, nodriza de los soñadores, pienso:

—Como una madre, ella ha de buscarme y de reconocirme entre la multitud de sus hijos. Como una madre, ella sabrá lo que he soñado y lo que he sufrido **bebiendo su clara leche fluida**. Mas he de morir luego. La tierra pegajosa e impenetrable se ceñirá a mi cuerpo y carcomerá mis sienes. ¡Y entonces será inútil que la buena aya se afane por hacer llegar hasta mí **el pezón dulce e inagotable de su rayo!**

La relación de la luz con el acto oral la plasmó Vicente Aleixandre (n.1898), en su poema **Bulto sin amor**, de su libro **Poemas amorosos**:

¡Una noche! Una vida, todo un pesar, todo un amor,
toda una dulce sangre.
Toda una luz que bebí de unas venas,
en medio de las noches y en los días radiantes.

Delmira Agustini (1887-1914), en su poema **Serpentina**, asoció el símbolo del pezón envenenante al símbolo de la leche seca:

Y en mis sueños de odio ¡soy serpiente!
mi lengua es una venenosa fuente;
mi testa es la luzbética diadema,
haz de la muerte, en una fatal soslayo
con mis pupilas; y mi **cuerpo en gema**
¡es la vaina del **rayo!**

Ortega y Gasset (1883-1955), en **Azorín, primores de lo vulgar**:

La vida de un español que ha pulido sus sensaciones es tan áspera, sórdida, miserable que casi en él viven sólo esperanzas, esperanzas que no tienen dónde **alimentarse**, esperanzas escuálidas y vagabundas, esperanzas desesperadas. Y cuando en la periferia del alma se abre un poro de claror a él acuden en tropel las pobres **esperanzas sedientas y se ponen a beber afanosas en el rayo de luz.**

Alfonsina Storni (1892-1938), en su poema **Silencio** nos regala con una imagen paranoica revestida de luz:

¡Oh la tarde postrera que imagino yo muerta
Como ciudad en ruinas, milenaria y desierta!

¡Oh la tarde como esos silencios de laguna
Amarillos y quietos bajo el rayo de luna!

¡Oh la tarde embriagada de armonía perfecta:
¡Cuán amarga es la vida! Y la muerte ¡qué recta!

La muerte justiciera que nos lleva al olvido
Como el pájaro errante lo acogen en el nido...

Y caerá en mis pupilas una **luz bienhechora**,
La luz azul celeste de la última hora.

Una luz tamizada que bajando del cielo
Me pondrá en las pupilas la dulzura de un velo.

Una luz tamizada que ha de cubrirme toda
Con su velo impalpable como un velo de boda.

Una luz que en el alma musitará despacio:
La vida es una cueva, la muerte es el espacio.

Y que ha de deshacerme en calma lenta y suma
Como en la playa de oro se deshace la espuma.

Pablo Neruda (1904-1973), en **Alturas de Machu Pichu**, plasmó esta visión oral-zoofóbica:

afilad los cuchillos que guardásteis
ponedlos en mi pecho y en mi mano,
como un **río de rayos amarillos**,
como un **río de tigres encerrados**,
y dejadme llorar, horas, días, años,
edades ciegas, siglos estelares.

Miguel Hernández (1910-1942), en su poema **Un carnívoro cuchillo**, simboliza el pezón agresivo y la leche seca:

Un carnívoro cuchillo
de ala dulce y homicida
sostiene un vuelo y un **brillo**
alrededor de mi vida.



Rayo de metal crispado
fulgentemente caído,
picotea mi costado
y hace en él un triste nido.

Mi sien, florido balcón
de mis edades tempranas,
negra está, y mi corazón,
y mi corazón con canas.

Tal es la mala virtud
del **rayo que me rodea**,
que voy a mi juventud
como la luna a la aldea.

Recojo con las pestañas
sal del alma y sal del ojo
y flores de telarañas
de mis tristezas recojo.

¿Adónde iré que no vaya
mi perdición a buscar?
Tu destino es de la playa
y mi vocación del mar.

Descansar de esta labor
de huracán, amor o infierno
no es posible, y el dolor
me hará a mi pesar eterno.

Pero al fin podré vencerte,
ave y rayo secular,
corazón, que de la muerte
nadie ha de hacerme dudar.

Sigue, pues, sigue, cuchillo,
volando, hiriendo. Algún día
se pondrá el **tiempo amarillo**
sobre mi fotografía.

Roberto Armijo, salvadoreño (1937), en
Gomorra:

Un viento de automática furia rodea las urbes
industriales.
Un viento de blancura de tal y **leche helada**.
Llega la noche.
Nadie sueña una flor. No se oye un pájaro en la
tarde.
Sólo la velocidad, la cifra electrónica, el instantáneo
anuncio del metro,

la sofocada atmósfera del grito,
el chispazo del neón que conmueve el cielo
y perturba la mirada solitaria.
En vano la **brillante** avenida. En el corazón el ansia
de llegar, de cumplir el afán del día,
La conversación pierde su espiritual cadencia
y el habla babélica se abandona a la noche.
¡Noche cruel y enferma!
La **luna** de Gomorra flota **amarilla** por el ámbito
de los puentes.
¡Luna de encendida palidez de petróleo!
Sobre el asfalto cae temblorosa.
En la estación del metro, suelta un turbo **jirón de**
luz húmedo de ostra y coles congeladas.
Luna de barrios fabriles que invade postes de
alumbrado como un **hongo de fósforo**...
¿Qué estará encantando estas horas el plenilunio
de mi infancia
que afinaba dulcemente la nocturna música del
grillo?

Helcías Martán Góngora, colombiano, relacionó
claramente la leche materna a la leche luminosa en
Música de percusión:

Madre negra
gestada en las tinieblas,
esbelta imagen de la tierra,
mancha de tinta
el cuerpo sobre la esfera,
tu sombra participa de la sombra
enamorada que te besa.
Cuando el hijo nacido de tu noche
su boca hambrienta
hasta el pezón acerca
y succiona la **leche materna**,
es como si bebiera,
gota a gota,
la **savia de la aurora**
en la copa del Génesis,
remota abuela,
¡Eva negra!

Ahora contemplemos cómo han proyectado los poetas el recuerdo de su inadecuada lactancia, en la inteligencia de que Teresa, Nietzsche, Agustini, Ibarbourou y Aleixandre, nos han descifrado el misterio del símbolo de la luz, así como la Storni, Neruda y Hernández nos han ofrecido la relación de la luz al color de la muerte oral.

En *Ultimas lamentaciones de Abel Martín*, Antonio Machado (1875-1938), proyecta el recuerdo de una luz oral:

Hoy, con la primavera,
soñé que un fino cuerpo me seguía
cual dócil sombra. Era
mi cuerpo juvenil, el que subía
de tres en tres peldaños la escalera.
—Hola, galgo de ayer. (Su luz de acuario
trocaba el hondo espejo
por agria luz sobre un rincón de osario.)
—¿Tú conmigo, rapaz?
—Contigo viejo.

Porfirio Barba-Jacob (1883-1942), en su poema *Lamentación de octubre*, relacionó la luz al seno materno:

Yo no sabía que la paz profunda
del afecto, los lirios del placer,
la magnolia de luz de la energía,
lleva en su blando seno la mujer.
Mi sien rendida en ese seno blando,
un hombre de verdad pudiera ser...

León Felipe (1884-1968), en *La poesía*, asoció a la misma el símbolo de la leche seca:

La Poesía es el mito permanente, sin origen ni término y sin causalidad ni cronología. Es el Viento genésico que llena el espacio y da vuelta por la gran comba del universo. **Es algo tan objetivo, tan material y tan necesario como la luz.** Tal vez sea la luz. La luz en una dimensión que nosotros no conocemos todavía. Yo la he sentido a veces nada más, pero alguien que empieza a ver la historia con una antorcha poética en la mano, está descubriendo caminos maravillosos.

Delmira Agustini (1887-1914), en su poema *Cuentas de luz*, asoció la luz a la oralidad y a uno de los símbolos del pezón: el pájaro:

Lejos como en la muerte
siento arder una vida vuelta hacia mí,
fuego lento hecho de ojos insomnes, más que fuerte
si de su allá insondable dora todo mi aquí.
Sobre tierras y mares su horizonte es mi ceño,
como un **cisne sonámbulo** duerme sobre mi sueño
y es su paso velado de distancia y reproche
el seguimiento dulce de los perros sin dueño
que han roído ya el hambre, la tristeza y la noche,
y arrastran su cadena de misterio y ensueño.

Amor de luz, un río
que es el camino de cristal del Bien.
¡Tú me lo des, Dios mío!

Alfonso Reyes (1889-1959), en *Ifigenia cruel* relaciona la luz a un recuerdo oral:

Siento, como en la ácida mañana,
madrugando al pavor de estar despierta:
cenizosa conciencia
que torna a la mentira de los días
con una lumbre todavía de sueño,
hecha de luz funesta que transparenta el mundo.

Juana de Ibarbourou (n. 1895), en su poema *Enigma*, plasmó su adaptación inconsciente al deseo de ser envenenada por los pezones agresivos:

¿De qué jugo negro, de qué zumo amargo,
De agua de qué pozo taciturno y largo
Se nutre mi alma, ácida y salobre
Cual vinos guardados en tazas de cobre?

¿Qué savias, ¡oh, dioses!, sorben sus raíces
Torcidas y grises
Cual ramas de higuera
Que no fue yemada por la primavera?

Cardo del hastío, que ha ungido la sombra
Con su aceite negro, y que nunca asombra
La luz con sus dagas, la secó la angustia
Como una corola que al fuego se amustia.

Y el polen de oro fue polen de cal.
Y la savia dulce fue sudor de sal.
Se estrujó en capullo, sus brotes sorbió,
Y ya nunca, nunca, más fragancia dio.

Si un día florece de nuevo, ¿será
Otra vez un lirio, o acaso dará
Un cáliz extraño, negro, atormentado,
Que lleve en sus hojas un **dardo clavado?**

¡Oh, Dios!, ¿cuál será
La flor que mi alma salobre dará

Vicente Aleixandre (n. 1898), andaluz, en su
poema **El desnudo**:

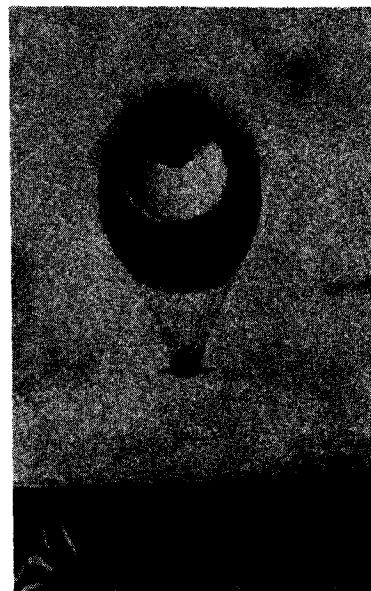
Tu desnudo mojado no teme a la luz.
Todo el verde paisaje se hace más tierno
en presencia de tu cuerpo extendido.
Sobre tu seno alerta un pájaro rumoroso
viene a posar su canción, y se yergue.
Sobre la trémula cima su garganta extasiada
canta a la luz, y siente dulce tu calor propagándole.
Mira un instante la tibia llanura aún húmeda del
rocío
y con su lento **pico amoroso bebe**,
bebe la perlada claridad de tu cuerpo,
alzando al cielo su plumada **garganta**,
ebrio de amor, de luz, de claridad, de música.

En su poema **Unidad en ella** de la misma obra,
relacionó Aleixandre el pezón punzocortante a la
luz:

Este beso en tus labios como una **lenta espina**,
como un mar que voló hecho un espejo
como el brillo de un ala,
es todavía unas manos, un repasar de tu crujiente
pelo,
un crepitar de **la luz vengadora**,
luz o espada mortal que sobre mi cuello amenaza,
pero que nunca podrá destruir la unidad de este
mundo.

También relacionó su recuerdo devorante a la
luz en su poema **Mar del paraíso**:

Por mis labios de niño cantó la tierra; el mar
cantaba dulcemente azotado por mis manos
inocentes.
La luz, tenuemente mordida por mis dientes
blanquísimos,
cantó; cantó la sangre de la aurora en mi lengua.



Tiernamente en mi boca, **la luz del mundo** me
iluminaba por dentro.
Toda la asunción de la vida embriagó mis sentidos.
Y los rumorosos bosques me desearon entre sus
verdes frondas,
porque **la luz rosada** era en mi cuerpo dicha.

Emilio Prados (1899-1962), en su poema **Cruz
del cuerpo**, proyecta su defensa contra su adapta-
ción inconsciente a la muerte de sed:

Que corra y corra **la luz**,
que yo duermo;
que corra y corra
la luz por el agua.

¡Ay, luna del rocío,
bajo la sombra:
las ramas se menean,
las hojas lloran!

Que corra y corra la luz,
que yo duermo.
Que corra y corra
la luz por el agua.

¡Que la noche me llama!
¡Cómo me duele
el frío de sus lágrimas
sobre las sienes!

Que corra y corra la luz,
que yo duermo.
Que corra y corra
la luz por el agua.

Es mi cielo la tierra;
mi cruz el cuerpo;
mi lanzada la luna,
mi muerte el sueño.

Que corra y corra la luz,
que yo duermo.
Que corra y corra
la luz por el agua.

¡Ni los **clavos** me faltan!
(Cómo sujetan,
los labios de una rosa,
sobre la tierra.)

Que corra y corra la luz,
que yo duermo.
Que corra y corra
la luz por el agua.

¿Dos ojos y unos labios
han suspendido,
al tiempo, por la noche,
sobre el olvido?

Que corra y corra la luz,
que yo duermo.
Que corra y corra
la luz por el agua.

Es mi sueño **una fuente**.
¡Brote la espuma!
(Sobre el arroyo, el río
y el mar, la luna.)

Que corra y corra la luz,
que yo duermo.
¿Que corra y corra?...
¡La luz, sobre el agua!

Cantar triste:

Yo no quería,
no quería haber nacido.

Me senté junto a la fuente
mirando a la tarde nueva...

El agua, brotaba lenta.
No quería haber nacido.

Me fui bajo la alameda
a ocultarme en su tristeza.

El viento lloraba en ella.
No quería haber nacido.

Me recliné en una piedra,
por ver la primera estrella...

—¡Bella lágrima de estío!—
No quería haber nacido.

Me dormí bajo la luna
¡**Qué fina luz de cuchillo!**

Me levanté de mi pena...
(Ya estaba en el sueño hundido.)

Yo no quería,
no quería haber nacido.

Rafael Alberti (n. 1902), en **El ángel rabioso**,
asocia la luz al pezón agrio:

A tu **luz agria**, tan agria,
que no muerde nadie.

En **Los dos ángeles**, podremos observar el recuerdo simbólico de adaptación inconsciente a la muerte de sed:

Ángel de luz, ardiendo,
¡oh, ven!, y con tu **espada**
incendia los abismos donde yace
mi subterráneo ángel de las nieblas.

¡Oh espadazo en las sombras!
Chispas múltiples,
clavándose en mi cuerpo,
en mis alas sin plumas,
en lo que nadie ve,
vida.

Me estás quemando vivo.
Vuela ya de mí, oscuro
Luzbel de las canteras sin auroras,
de los **pozos sin agua**,
de las simas sin sueño,
ya carbón del espíritu,
sol, luna.

Me duelen los cabellos
y las ansias. ¡Oh, quéname!
¡Más, más, sí, sí, más! ¡Quéname!

¡Quévalo, ángel de luz, custodio mío,
tú que andabas llorando por las nubes,
tú, sin mí, tú, por mí,
ángel frío de polvo, ya sin gloria,
volcado en las tinieblas!

¡Quévalo, ángel de luz,
quéname y huye!

Luis Cernuda (1902-1963), sufre esta regresión oral:

Vencido el niño, el hombre que ya eras
fue al venero, cuyo fondo insidioso
recela la agonía,
la lucha con la sombra profunda de la tierra
para alcanzar la luz, y bebiste del agua,
tornándose tu sed luego más viva,
que la abstinencia supo
darle fuerza mayor a aquel sosiego
líquido, concordante
de tu sed, tan herido
de ella como del agua misma,
y entonces no pudiste
desertar la vereda
oscura de la fuente.

Pablo Neruda (1904-1973), en **Alturas de Machu Pichu**, asoció el pezón punzocortante y petrificante a la leche seca:

Muertos de un solo abismo, sombras de una
hondonada,
la profunda, es así como al tamaño
de vuestra magnitud
vino la verdadera, la más abrasadora
muerte y desde las **rocas taladradas**,
desde los capiteles escarlata,
desde los acueductos escalares
os desplomásteis como en un otoño
en una sola muerte.
Hoy el aire vacío ya no llora,
ya no conoce vuestros pies de arcilla,
ya olvidó vuestros cántaros que filtraban el cielo
cuando lo **derramaban los cuchillos del rayo**,
y el árbol poderoso fue comido
por la niebla, y cortado por la racha.

Miguel Hernández (1910-1942), en su poema **Riéndose**, nos ofrece una regresión a su adaptación inconsciente a la muerte de sed:

Riéndose, burlándose con claridad del día,
se hundió en la noche el niño que quise ser
dos veces.
No quiso más la luz. ¿Para qué? No saldría
más de aquellos silencios, de aquellas lobregueces.

Quise ser... ¿Para qué...? Quise llegar gozoso
al centro de la esfera de todo lo que existe.
Quise llevar la risa como lo más hermoso.
He muerto sonriendo serenamente triste.



Niño dos veces niño: tres veces venidero.
Vuelve a rodar por ese mundo opaco del vientre.
Atrás, amor. Atrás, niño, porque no quiero
salir **donde la luz** su gran tristeza encuentre.

En su poema **Un carnívoro cuchillo**, simboliza el pezón agresivo y la leche seca:

Un **carnívoro cuchillo**
de ala dulce y homicida
sostiene un vuelo y un **brillo**
alrededor de mi vida.

Rayo de metal crispado
fulgentemente caído,
picotea mi costado
y hace en él un triste nido.

Octavio Paz (n. 1914), en su poema **Espiración**, asocia la oralidad a la luz:

Cielos de fin de mundo. Son las cinco.
Sombras blancas: ¿son voces o son **pájaros**?
Contra mi sien, latidos de motores.
Tiempo de luz: memoria, torre hendida,
Pausa vacía entre dos claridades.

Todas sus piedras vueltas pensamiento
La ciudad se desprende de sí misma.
Descarnación. El mundo no es visible.
Se lo comió la luz. ¿En su memoria
Serán mis huesos tiempo incandescente?

La argentina María del Carmen Suárez en su libro **Los dientes del lobo**, intuyó la oralidad de la luz:

Y alguien se acerca
pone su mano en mi cuello
muerde
extrae la luz perteneciente a tu madre
a tu padre
y a ese voraz hijo de las sombras.
Tiende su mano aterida
y posee de mí la parte del horror
la zona de la fruta disecada
y el tiempo del verano.

El sacerdote Antonio Castro y Castro, español, en su poema **Grietas**, relaciona su recuerdo oral traumático con la luz:

Palpa, palpa las grietas de las sedas,
 rojas grietas brillantes, que resbalan,
 lo liso de los tactos, tactos cojos
 de pronto,
 y los claveles palpa
 que agrietan de repente sus **cascadas
 de luz**
 porque **el sol mueve sables con sus dedos**
 y destierra sus llamas
 con rocío
 sobre las sombras mudas y sin llanto.

El ecuatoriano Rubén Astudillo en su poema **El octavo día**, relaciona la luz a la fase oral:

Dueño de aspas solares y de plasmas era;
 el Siete veces YO; el
 empresario. **Era la luz y el agua; nuestra sed y
 nuestra hambre;** el
 esplendor del Círculo; la llave; arca y arco;
 la fuerza; el sol
 madurador y la tormenta; era la piedra y el Imán.

Elsa Fenoglio, argentina, en su poema **Los náu-
 fragos**, proyecta su gozo inconsciente a la muerte
 de sed:

Sostienen su ropaje
 próximo a extinguirse
 con la terquedad de un niño.
 Podrían convertirse en arenas
 removidas por el viento agotador,
 dejar consumirse los días
a la lenta hambruna del tiempo.
 Pocos escucharían sus voces:
 algunos apenas se inquietarían
 por los inapelables ecos.
 Podrían convertir en resignación
 los alaridos salvajes,
 las duras miradas
 que quieren **recuperar la luz.**
 Luchan aún contra las mareas,
 apartan la indiferencia
 que los empuja al vacío.

Tras las silenciosas guaridas
 los náufragos esperan.

El mejicano Eduardo Lizalde en su poema **Samu-
 rai**, plasmó esta visión zoofóbica:

Reloj de furia el **tigre**
 se desgarró a sí mismo
 cuando está solo demasiado tiempo,
 y la materia de su vista
no es la luz
sino la sangre.

Y en su poema **Leones**, nos aclara:

Malo fue, amada,
 vivir con un hambriento.
El hambriento no sabe lo que come:
sólo devora, mata el fruto que ingiere.
 Destruye en torno suyo
 como un compás de sarna
 y de cordel.
 Mata en redondo al amar.
 Recorre el páramo incoloro
 de lo comestible,
 engulle y rumia ozono, **luz,** carne y pedruscos
 por igual.

Veamos cómo el valenciano Tomás Segovia en
 su poema **Rosa en lo oscuro** también proyecta su
 trauma oral:

La rosa entre lo oscuro **tiene sed,**
 tiene sed su frescura, sed de sombras.
 Su carne luminosa absorbe la penumbra,
 su **pura luz** de apretado granizo
 bebe silencio interminablemente.
 La rosa entre lo oscuro, reclinada
 lánguidamente en el espacio quieto,
 llena de leve claridad la alcoba,
 y silenciosa en sus sedientos poros
 circula y late la quietud oscura,
 corazón conseguido de su libre
 presencia corporal iluminante,
 que es, igual que la carne, peso y forma,
 pero, igual que la luz, sin servidumbre.



César Dávila Andrade, de Cuenca, Ecuador, en **Poema No. 1**, asocia su deseo inconsciente de ser devorado su pezón, con la luz:

Por la llanura de la noche cruza
una pequeña **luz que cabecea**:
ella es **mi pecho roto** en el que tiembla
la fiebre inextinguible.

Ya puedes Tú mirarla.
Tú que vives arriba
y que tal vez no eres incommovible.

El venezolano Pedro Tordesens en su poema **Hombre cortado a pico**, plasmó esta serie de símbolos:

decir espuelas a los **pájaros**
a los sargentos a
el silencio de las niñas
el sable del pozo

levedad entra y sale
con una tumba lenta breve
prolonga los respiros y
muerde la luz al acecho

sanguinaria canción herida la
pelota de los desengaños
el deseo de los que sumergen
el vientre en la tortuga
el mártir solo de los brazos

El granadino José Gutiérrez, en su poema **Ocaso**, sufrió esta regresión:

Desde aquí, donde la música
irrumpe destruyendo las voces, el ruido
amargo de las costumbres antiguas,
un hombre contempla la ofrenda estéril
de su altar herido.
Un hombre, isla o río,
dice triste la canción de su historia,
cuando vierte la tarde su lluvia
de cenizas, y las lágrimas
acuden presurosas
cual flechas
horadando la mejilla.

Si perseguiste la **oscura luz**
que guiara tus pasos, extranjero
fuiste en las ciudades de niebla.

Tomás Pantaleón, poeta de Guayaquil, en **Drama** intuyó la liquidez de la luz:

Todos, amor, vencimos a la muerte,
mas seremos vencidos por la vida.
Una pequeña piedra **estalla**, sola,
en medio de tu frente y de la mía,
y **el cráter se dilata**, aborrecible,
las arterias salpican luces rojas,
líquidas luces rojas conductoras
de nuestro viático.

Helcías Martán Góngora, el poeta de la sed, en su poema **Vigilia** de su libro **Cuaderno apócrifo**, relacionó la soledad al trauma oral:

La soledad tiene tu nombre
y se parece a tus cabellos
y asume la estatura
exacta de tu cuerpo.

La soledad, amor, se llama
río de luz sediento
que desemboca en el estuario
nocturno de tu cuerpo.

La soledad ciñe tu sombra
y se tiende sobre el desvelo
hasta que la ola del sueño
me devuelve tu cuerpo.

Blanca Rosa González Barlett, argentina, en su poema **Cima**, asocia la luz al líquido del pecho petrificante:

¡Oh la vida en sus ásperas tinieblas
con expectantes **luces** de alboradas!...
La noche, no es eterna, cruje el eco
rompiendo hasta la **roca** milenaria
Surge un **hilo de luz**, una llamita,
como en la viva roca, surge el agua,
y se vuelca en las cuestas de la vida
y sustenta a los seres con su gracia.

Teresa Girbal, argentina, en **No hay que comprar la belleza**, asoció el símbolo de la leche seca al sentimiento estético:

No hay que comprar belleza,
tienen que dárnosla.
Si la belleza es nuestra como el sol,
como el nombre de Dios.
No hay que pagar por la belleza,
hay que tener sencillamente
una mirada pura y ávida
un corazón transido por la noche
que apetece la luz.
¡Cuánto consuela la belleza,
cómo alimenta, cómo enriquece,
cuando surge desnuda, clarísima,
en el azar profundo de las cosas.

Othón Chirino, venezolano, en **Palabra**, relacionó ésta a la luz:

Entrégame, **palabra,**
la recóndita luz de tus moradas,
tu leve infinitud,
la sorpresa que guardan
tus mágicos metales.

Tras el eco incesante
va mi **sed** de entenderte
palabra multiplicada de resonancias,
de atisbos augurales,
del temblor de la llama.

Palabra,
te romperé como a una nuez
y de tu corazón saldrá una estrella
o tal vez la sombra de una lágrima.

Manuel Moreno Jimeno, peruano, en **Una abierta fuente de llamas**:

En cada golpe de savia
La aurora
Esplende victoriosa
Nada queda atrás entonces
Nada se pierde
El fuego emancipa la vida
La luz renaciente de la sangre

Hacia el futuro
Hacia la **luz** que se espera
Todo el amor por nacer
Una cálida mies compartida
Una abierta fuente de llamas.

Eduardo Dalter, argentino, en **Ars poética**:

Labios y miríada de manos sea para estrecharte
beberte y rasgar tus vestiduras
Oh luz

José Manuel de la Pezuela Pintó, español, en **Fangos enturbiados**, relacionó la fase oral traumática a la anal y al símbolo que nos ocupa:

¡Cómo —a gritos—, pido
algún cálido flujo de hirviente
sangre espesa, para que mi desviada
fuente ciega —sólo manadora
de fangos enturbiados—, en fértil cauce,
limpia y roja, por fin se abra, impetuosa,
a la clara **luz de las riberas!**

Angel Manuel Arroyo, puertorriqueño, en **Calculada ecuación íntima**:

La lágrima febril, en la votiva
lámpara azul de todos los altares,
incinera la muda rogativa
de aquellos que pecaron a millares. . .

Como cuaba, su **luz amarillenta**
se hace gota de esperma y, de la vela,
se va extinguiendo vertical; y lenta
junto a las lunas de equinoccios riela. . .

Guillermo Ibáñez, argentino, en **Construcción**:

Come una montaña de su misma carne
y **bebe por los ojos**
un vaso de luz en cada sorbo enrojecido.

Olga Arias, mejicana, en **Testimonios**:

En el alfeizar de mi ventana, donde suelo
dejar migajas de pan para los pájaros, la luna,
al través de la copa del árbol, **desmenuza su**
luz y viene a comerla un ángel sonrosado y
mofletudo, como un goloso infante.



En este poema José Antonio Arias, español, hace alusión a Febo-Apolo, quien, en la mitología griega, era el dios de la luz, la música, la poesía, el oficio pastoril y la profecía:

¡Vive dios! Que no me atrevo
a mirar de frente a Febo,
esa **luz maravillosa**
de que me sustento y bebo.

Estrella Genta, uruguaya, en **Retahila**:

Tuve sed de saber y fui saciada.
Sus napas más ignotas,
diéronme antiguas vidas
y, de las más remotas
fui hacia las presentidas.
Mas no es felicidad esta certeza
sino más que vencer, es ser vencida:
¡**sed de otra luz** por siempre suspirada
y por siempre perdida!

Jesús Aguilar Marina, madrileño, en **Me ha despertado**, de su libro **En la soledad de los caminos**:

Me ha despertado un rayo luminoso,
una sombra de luz frente a mi lecho,
un tañir de campanas al acecho
y un reflejo de azul del cielo hermoso.

He abierto la ventana y ardoroso
he bebido la luz, sin más provecho
que transformar mi enfebrecido pecho
en un sentir alegre y vigoroso.

En **Helena**:

Atardecía.
Yo pensé que me gustabas
y anticipé, en sueños, mi primer beso.
Tú permanecías silenciosa,
con el corazón sufriendo
por no poder decirme cuanto
gustabas de aquel instante, aplacado
por la oscura **luz** de la vegetación
que **amamantaba** la tierra de frescor.

Nilda Díaz Pessina, argentina, en **La obra maestra**, de su libro **Tiempo de amnesia**:

Voy a escribir mi obra maestra.

Bajo corriendo los escalones
unas con otras
las frases tropiezan.

El vino de la materia
inunda las estaciones.

Voy a construir
mi obra maestra.

Abro la puerta
en la luz un hueco
negro me devora.

A tientas me palpo.
No me reconozco.
Dejo caer la venda lisiada.
Mariposas amarillas
vuelan.

Vicente Géigel Polanco, puertorriqueño, en **Si es predio yermo su corazón**:

Si es predio yermo su corazón,
riégale abono de ternura.
Dale agua clara del mejor pensamiento.
Vaya el cálido sol de tu pureza
hasta la entraña misma del terrón
a avivar la alquimia de su gracia creadora.

Cabe la superficie huraña, defensiva,
está la veta viva del entrañado amor.
Cruza el umbral de sombras
hasta dar con el **chorro de luz** del íntimo recodo.

David Escobar Galindo, salvadoreño (1943), en **Con la luz al cuello**, de su libro **El corazón de cuatro espejos**:

El caballo desnudo en plena calle,
dorado por el peso de la imaginación;
con niños que levantan la cabeza —tributo—,
miles de niños que después crecieron
hasta volverse sordos,
por esta **vocación de comer luz quemada.**

Manuela Fingueret, argentina, en su libro **Heredarás Babel**:

Sólo imagina los ocasos de los otros en los días
y conquista
los sueños permanentes de tus noches.
Bucea siete veces en los diez dedos de tus manos
y descubre
aquellos juegos que olvidaste desde siglos
no es la lucidez que te dará el poder sobre lo eterno
es la magia
de **convertir la luz en polen**
y **libar de ella**.
Acaso las sombras no gozan de su destino
profundo?
y el sol
de su calor permanente?

Pura Vázquez, española, en **Mirando atrás**:

Guardamos esta **luz** y esta estrella destrozada
y **gota a gota bebemos** su empapada dulzura,
y queremos olvidar lo inolvidable. . .
Huir del país profundo y próximo del dolor,
segar la voz de las bocas hambrientas que plañen,
las heridas y las sangres, la tortura y la lucha
por algo mejor que no comienza nunca,
que alguna vez soñamos y deseamos.
Por una flor desnuda y terrible,
por una soledad de resurrección
donde refugiamos nuestras ardientes derrotas.

Esteban Moore, argentino, en **Ritmo lunar**, nos
ofrece una visión oral de la luz:

Amamantaste nuestras lenguas tensas
en el abrazo inquieto de tu **leche encendida**,
hurgadora de manos, de pechos, de verderramas.

De manos
que galopaban pechos escondidos en la verderrama
donde me dejaste beber del recipiente de sus brazos,
llorarle a los ojos, gritar en su boca.

Sobre la tierra maloliente iluminada en dolor,
de astillas por la **sangre hechas luz**, del amante
extenuado resto.

Manuel Fernández Calvo, valenciano, en **Cruz**:

Y buscarás la luz. **La luz que ahora**
se almibara en tu boca, si dormida.
La luz que, si despierta, dilapida
destellos y tus ojos enamora.

Antonio Pereira, español, en **La plaza mayor**:

Montañas que el viento afila
abren sus pechos de sal
y se hacen dulces regueros
de blanca **leche lunar**.

Gastón Gori, argentino, en **No morir en este mundo viejo**:

No tengo derecho de estar cansado,
ni de sentirme enfermo;
no soy dueño de morir
en un mundo viejo.
¡Sangra ya la luz del día nuevo!
No se seca la rosa
al amanecer;
el brillante sol del día la acosa
con su **luz**.
Muere la rosa vieja iluminada
—no en la sombra—
y vive el esplendor de la alborada.

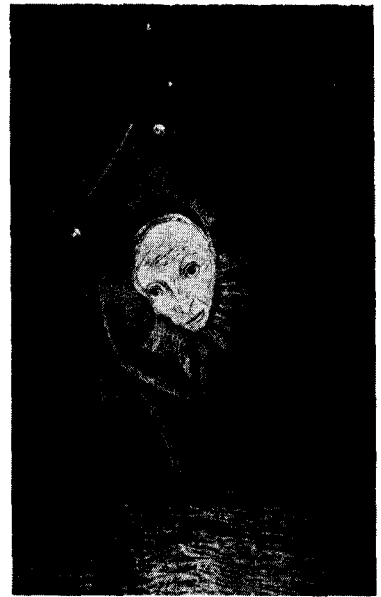
Dionisio Aymará, venezolano, en **Cercana muerte**:

Tanta luz por el aire dura, inerte,
tronchada. Tanta luz por el verano.
Tanta **luz** resbalando por tu mano
y tanta **sangre** ciega de no verte.

Silvia Nora Sciommarella, argentina, en **Soneto a Alfonsina**:

Qué honda geografía caminaste
bajo la cal de octubre con tu canto,
abrazada al amor que amaste tanto
y a cada primavera que lloraste.

Qué suicidios, qué ardores no apagaste
replegada en tu fuerza y en tu llanto.
Pájaro y pez. Destino de quebranto.
Te mordieron la carne y no cejaste.



Tu ternura feroz se hizo pedazos,
custodiando las horas y los días
y en tu sangre corría un dolor vago.

Salvajemente libre. Hasta en los brazos
de la muerte creciste en rebeldías
para beber la luz de un solo trago.

Antonio Viviano Hidalgo, argentino en **El círculo y las horas**:

En el charco **amarillo** bajo el árbol,
navegante de una hoja a la deriva,
te nombro en soledad mientras las horas
golpean como el sol en los cantiles
del ramaje desnudo. **Luz**, espuma,
ceniza fugitiva. ¿Cómo hallar
el poema buscado si mi boca
es una **fuenteseca** y arde el aire
dentro de mí, vacío y desterrado?
¿Cómo vivir ahora que te miro
desde otro tiempo? Días que gotean
de estos manojos de horas apretadas,
horas de lentitud de nubarrones
con bufanda de pájaros al viento.

Néstor D. Malbrán, argentino, en **Las babas**:

La mañana está guardada
por las babas del diablo.
Para escapar tendrás que romperlas
con las manos en alto,
pero la **luz** irá pegada a ellas.
Llevarás los dedos iluminados
por las babas.

Todo parece indicar que los poetas han creado
inconscientemente el símbolo de la luz para repre-
sentar una leche de la que carecieron. Aconteció
un acto oral al ser penetrados en la boca por el
pezón materno y otro acto natural al ser penetra-
dos los ojos por la primera luz, pudiendo ser estas
dos experiencias las que se han condensado en
un sólo recuerdo, máximo que el pezón daba mala,
poca o ninguna leche. Alberti intuyó sobre la se-
quedad de la luz en su poema **Los dos ángeles**:

Y no viste.
Era su luz la que cayó primero.
Mírala, **seca**, en el suelo.

La defensa del poeta podría ser: "No es verdad
que me hayan tratado de matar de sed, al contra-
rio, yo me alimenté de luz". Observemos **Poema
de Requiem y de luces**, del zaragozano José Luis
Alegre Cudós, en el cual se explica el fenómeno:

Chorro de luz, alcanza la mirada.
Alcanza con tus hilos a coser
un remiendo a las sombras, a las alas
quebradizas, quebradas.

A volar

soñadores de tierra en tierra: cauce
de tierra en tierra, **chorro de luz**, alas
alzadas.

Como mano que recoge
el pensamiento niño y nos protege
de tanta oscuridad y tanta **rota
estrella** desterrada, la **luz** subes
y subes y descubres con tu abrazo
iluminado, muerte iluminada.
Volaremos, amor.

Como la luz

que fue primero miedo, tierra y cielo
por los suelos, voló.

Gota de luz,

chispa tierna, mi sangre ardida, madre
quebradiza, reluces.

Ya se inicia

la ascensión de la llama, ya los **ojos**,
mis ojos, tientan tallos y despuntan
en gotitas.

Destellos son, destellos.

Todo es sed

La sed es mucha, toda.

Todo es sed

de encender la mirada al alto, en altas
alas.

La **sed** es toda, todo es **sed**
y boca, labio y **sed**: **chorro de luz**,
gota de luz.

¡La luz: sed agotada!

Tal vez ante la debilidad causada por el hambre,
la luz tornóse amarilla como esos silencios de la-
guna amarillos y quietos bajo el rayo de luna de
Alfonsina Storni. Mas comprobemos con algunos
ejemplos poéticos la condensación de los recuer-
dos de la penetración de la luz del ojo materno y
la del pezón agresivo.

El griego Anacreonte (siglo V a. C.):

Tú cantas las guerras tebanas;
otro, las guerras frigias;
yo no canto más que mis derrotas.
No me vencieron jinetes, ni infantes, ni naves,
sino un ejército que lanza **flechas por los ojos**.

Luis Vaz de Camoens (1524-1580), portugués:

¡Ay, el **ciego flechero** me esperaba
para hallarme tranquilo y descuidado,
en vuestros **claros ojos** escondido!

Luis de Góngora (1561-1627), andaluz:

Dos **penetrantes harpones**,
Que son **los ojos suaves**
De las dos más bellas turcas
Que tiene todo el Levante;

Observemos esta regresión oral tanática de
Rosalía de Castro (1837-1885):

Al caer despeñado en la hondura
desde la alta cima,
duras rocas quebraron sus huesos,

hirieron sus carnes **agudas espinas**,
y el torrente de lecho sombrío
rasgando sus linfas,
y entreabriendo los húmedos labios,
vino a darle su beso de muerte;
cerrando en los suyos el paso a la vida.

Despertáronle luego, y temblando
de angustia y de miedo,
—¡ah!, ¿por qué despertar?— preguntóse
después de haber muerto.

Al pie de su tumba
con violados y ardientes reflejos,
flotando en la niebla
vio dos grandes ojos brillantes de fuego
que al mirarle ahuyentaban el frío
de la muerte, **templado su seno**.
Y del yermo sin fin de su espíritu
ya vuelto a la vida, rompiéndose el hielo,
sintió al cabo brotar en el alma
la flor de la dicha, que engendra el deseo.

Dios no quiso que entrase infecunda
en la fértil región de los cielos;
piedad tuvo el ánimo triste
que el germen guardaba de goces eternos.

Salvador Rueda (1857-1933), español, en su poema **Seno de mujer**:

Tu cuerpo es incensario de morfina
que emborracha de amor, y **son tus ojos**
destiladeros de opio, y sed divina
la doble fuente de tus labios rojos.

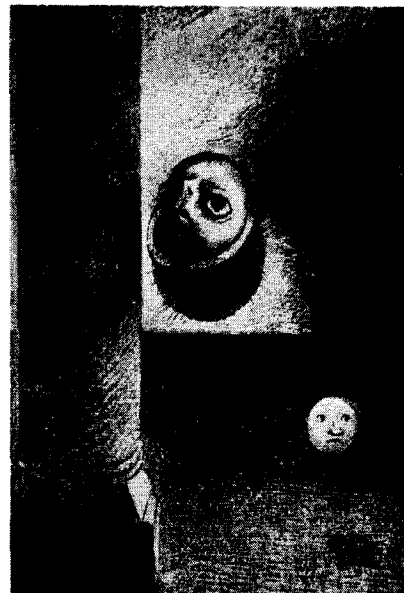
Julio Herrera y Reissig (1875-1910), uruguayo,
en **Tertulia lunática**:

Clávame en tus **fulgurantes**
y **fieros ojos de elipsis**,
y bruña el Apocalipsis
sus músicas fulgurantes...
¡Nunca! ¡Jamás! ¡Siempre! ¡Y Antes!
Ven, antropófaga y diestra,
Escorpiona y Clitemnestra!
Pasa sobre mis arrobos,
como un huracán de lobos
en una noche siniestra!

Tomás Morales (1885-1921), español, en **Balada del niño arquero**:

¡Otra vez, **dura flecha**,
por matarme saliste traidora
de la aljaba de los **ojos negros**
de la flechadora!
¡Otra vez en mi carne
te clavaste con alevosía
y tu hierro buscó el dejo amargo
de la sangre mía!

Di a la mano de nieve
que te lanza contra mi ventura
que al tú herirme respondió mi pecho
con ciega locura:
“¡Bienvenida, saeta,
mensajera de males de amor!
¡Si hay dolor en tu punta acerada...
divino dolor...”



Delmira Agustini (1887-1914), uruguaya, nos regala con varios ejemplos:

El cisne:

Y vive tanto en mis sueños,
y ahonda tanto en mi carne,
que a veces pienso si el cisne
con sus dos alas fugaces,
sus raros ojos humanos
y el rojo pico quemante,
es sólo un cisne en mi lago
o es en mi vida un amante...

Fue al pasar:

Yo creí que tus **ojos anegaban el mundo...**
Abiertos como bocas en clamor... Tan dolientes
que un corazón partido en dos trozos ardientes
parecieron... Fluían de tu rostro profundo

como dos manantiales graves y venenosos...
fraguas a fuego y sombra, ¡tus pupilas!... tan
hondas
que no sé desde dónde me miraban, redondas
y oscuras como mundos lejanos y medrosos.

¡Ah, tus ojos tristísimos como dos galerías
abiertas al Poniente!... ¡Y las sendas sombrías
de tus ojeras donde reconocí mis rastros!...

¡Yo envolví en un gran gesto mi horror como en
un velo,
y me alejé creyendo que cuajaba en el cielo
la medianoche húmeda de tu mirar sin astros!

Tu amor:

Tu amor, esclavo, es como un sol muy fuerte:
jardinero de oro de la vida,
jardinero de fuego de la muerte,
en el carmen fecundo de mi vida.

Pico de cuervo con olor de rosas
aguijón enmelado de delicias
tu lengua es. Tus manos misteriosas
son garras enguantadas de caricias.

Tus ojos son mis medianoches crueles,
panales negros de malditas mieles
que se desangran en mi acerbidad;

crisálida de un vuelo del futuro,
es tu brazo magnífico y oscuro,
torre embrujada de mi soledad.

Alfonso Reyes (1889-1959), mejicano, en **Ifigenia cruel:**

De tus anchos **ojos de piedra**
comenzó a bajar el mandato,
que articulaba en mí los goznes rotos,
haciendo del muñeco una amenaza viva.

Tu voluntad hormigueaba
desde mi cabeza hasta el **seno**,
y colmándome del todo el **pecho**,
se derramaba por mis brazos.
Nacía entre mi mano el **cuchillo**,
y ya soy tu carnicera, oh Diosa.

Alfonsina Storni (1892-1938), nos ofrece una gama de ejemplos ilustradores:

Paisaje del amor muerto:

Ya te hundes, sol; mis aguas se coloran
de llamaradas por morir; ya cae
mi corazón desenhebrado, y trae,
la noche, filos que en el viento lloran.
Ya en opacas orillas se avizoran
manadas negras; ya mi lengua atrae
betún de muerte; y ya no se distrae
de mí, **la espina**; y sombras me devoran.
Pellejo muerto, el sol, se tumba al cabo.
Como un perro girando sobre el rabo,
la tierra se echa a descansar, cansada.
Mano huesosa apaga los luceros:
Chirrían, pedregosos sus senderos,
con la **pupila negra** y descarnada.

Perro y mar:

¿Había nidos
de ratones vivos
donde mis **ojos**
secos
no veían?

¿Fantasmas acunábanse
en los **picos**
lejanos
de las aguas?

César Vallejo (1892-1938), peruano, en **El buen sentido**:

La mujer de mi padre está enamorada de mí, viniendo y avanzando de espaldas a mi nacimiento y de **pecho a mi muerte**. Que soy dos veces suyo: por el adiós y por el regreso. La cierro, al retornar. **Por eso me dieran tanto sus ojos**, justa de mí, infraganto de mí, aconteciéndose por obras terminadas, por pactos consumados.

Juana de Ibarbourou (1895), nos muestra sus regresiones:

La angustia del agua quieta:

Párpado gris, inmóvil, con arrugas de **piedra**,
El brocal de este pozo viejo y abandonado,
Ostenta las pestañas de unos troncos de hiedra
Y la ceja herrumbrosa de un arco mutilado.

En el fondo, la oblea del agua muda y quieta
es la **pupila ciega de este pozo desierto**.
¡Pupila siempre fija, por la angustia secreta
De la imagen inmóvil bajo el párpado abierto!

Aunque corran las nubes, aunque traigan los
vientos
Pétalos de rosales y hojas de pensamientos,
Aunque pasen amantes coronados de hiedra,

Esta agua siempre fija, sin reflejos, tranquila,
En el fondo del pozo es la ciega pupila
Muda y desesperada en su cuenca de piedra.

Otra samaritana:

Tenía las **pupilas tristes y tenebrosas**

Como dos **pozos secos**. Y en la boca dos rosas
De fiebre y avidez.
Y dos rosas de sangre purpuraban sus pies.

Limpias muchachas rubias volvían de la fuente
Con las cántaras llenas de agua clara y bullente.
Y clamó él: —¡Piedad!
Pero ellas pasaron sordas a su ansiedad.

Las muchachas de piedra cantando se alejaron
Y en el aire una estela de frescura dejaron.
El gemía. Mi alma gritó entonces: —¡Piedad!

Y el grito entre mis labios se hizo clamor:
—¡Piedad!

La sed era en su boca como un largo rubí
Y yo el cántaro vivo de mi cuerpo le di.

Magnetismo:

En tus **ojos sombríos** me he mirado
Como en el agua de **dos lagos negros**
Y un vértigo de abismo tenebroso
Me ha hecho temblar de angustia.

¡Ah, si caigo en el fondo de la sima!
¡Ah, si en los lagos tenebrosos caigo!
Yo sé que entonces no ha de haber prodigio
Capaz de levantarme.

Yo sé que siempre el embrujado abismo
De tus **pupilas hondas**
Me retendrá lo mismo que un guiñapo
Agarrado en las uñas de las zarzas.
...

¡Oh, no apartes de mí tus **ojos largos**
Porque tiemblo de frío y de tristeza!
...

¡Yo quiero el mal de tus **pupilas**! Dame
Ese mal que hace bien al alma mía.
...

Lago hechizado de sus ojos: ¡sórbeme!



Vicente Aleixandre (n. 1898), andaluz, en **Las águilas**:

Las plumas de metal,
las garras poderosas,
ese afán del amor o la muerte,
ese deseo de **beber en los ojos con un pico de hierro**,
de poder al fin besar lo exterior de la tierra,
vuela como el deseo,
como las nubes que a nada se oponen,
como el azul radiante, corazón ya de afuera
en que la libertad se ha abierto para el mundo.

En Destino trágico:

Sus **dientes** blancos visibles en las fauces doradas,
brillaban ahora en paz. Sus **ojos amarillos**,
minúsculos guijas casi de nácar al poniente,
cerrados, eran todo silencio ya marino.
Y el cuerpo derramado, veteado sabiamente de una
onda poderosa,
era bulto entregado, caliente,* dulce sólo.

Emilio Prados (1899-1962), andaluz, en su poema **Formas de la huída**:

Desde mi sangre ¡qué **clavos**,
como gusanos de hierro
arrastrando por mi venas
vendrán a mis **ojos**, lentos,
para podrirlos! ¡Qué fríos
el **pájaro** y la raíz
desclavarán sus espejos!...

Rafael Alberti (n. 1902), andaluz, en sus poemas **El cuerpo deshabitado**:

Que cuatro sombras malas
te sacaron en hombros,
muerta.

De mi corazón, muerta,
perforando tus ojos
largas púas de encono
y olvido.

Los ángeles sonámbulos:

Pensad en aquella hora:
cuando se rebelaron contra un rey en tinieblas
los **ojos invisibles** de las alcobas.

Lo sabéis, lo sabéis. ¡Dejadme!
Si a lo largo de mí se abren grietas de nieve,
tumbas de aguas paradas,
nebulosas de sueños oxidados,
echad la llave para siempre a vuestros párpados.
¿Qué queréis?

Ojos invisibles, grandes, atacan.
Púas incandescentes se hunden en los tabiques.
Ruedan **pupilas muertas**,
sábanas.

Un rey es un erizo de pestañas.

Se han ido:

Yó sé que te lastimo,
que ya no hay ámbitos para huir,
que la sangre de mis venas ha sufrido un arrebató
de humo.
Tú tenías los **ojos amarillos** y ahora ya no puedes
comprender claramente lo que son las cenizas.

Rogelio Buenía, español, en su poema **Mañana**:

Tú blandías **la espada de tus ojos**,
el sol, la ardiente flecha de sus manos,
el río, las navajas de sus ondas,
que, en piedras de marfil, las va afilando.

Federico García Lorca (1898-1936), en **De otro modo**:

La hoguera pone al campo de la tarde
unas astas de ciervo enfurecido.
Todo el valle se tiende. Por sus lomos,
caracolea el vienteillo.

El aire cristaliza bajo el humo.
—**Ojo de gato triste y amarillo**—.
Yo, en mis ojos, paseo por las ramas.

Las ramas se pasean por el río.

Llegan mis cosas esenciales.
Son estribillos de estribillos.
Entre los juncos y la baja tarde,
¡qué raro que me llame Federico!

Vicente Géigel Polanco, puertorriqueño, en **Dios:**

Te busqué en la inocencia de los **ojos** del niño,
en la nana jazmín de la madre amorosa,
en la ternura casta de la mujer amada,
en la alegría blanca de las horas felices
y en la **aguda punzada de la espina**.

Máximo González del Valle, andaluz, en **Tener:**

La ilusión...
¿Quién la puso en mis **ojos**
como **halcón**, como **flecha**,
como un puente entre miles de riberas?

Manuel Moreno Jimeno, peruano, en **Se toca la médula de la luz:**

Se toca la médula de la **luz**
La aurora es la mirada más pura
Para vencer

El tiempo empieza a ponerse en claro
A crearse
Y es una gloria ser el tiempo

Doblan la cabeza
Las medidas
Lo que se borra y se cierra
El esqueleto
La verdadera muerte
Doblan la cabeza
Y detienen su **pico insaciable**
En la misma carne abierta

Se moviliza el pasado
Reventando sus ojos
Pero ya la **sangre** tiene tomado
Todo el origen
La noche entera
Para surtir
Para **encender**
Sus **luceros ávidos**
Y sus venas

Arcadio Noguera Vergara, mejicano, en **Arbolados ojos:**

Cuando me miras surgen arboledas
en las inmensidades de tus **ojos**
y raíces de cedros y zapotes
me clavan sus **agujas** en el fondo.

Juan José Calegari, argentino, en **Llévenme con ellos:**

Lleven mi cuerpo al lugar de la tierra sembrada
por el viento.
Abran mis **ojos** en la palma de sus manos,
bajo el cadáver de mi pertenencia.

Llenen el cielo de rastros y de **espinas**.
Llevo una **punta de estrella**
clavada entre los ojos

Llevo el equilibrio en cada mano
y dos pulgares de alas hacia arriba.

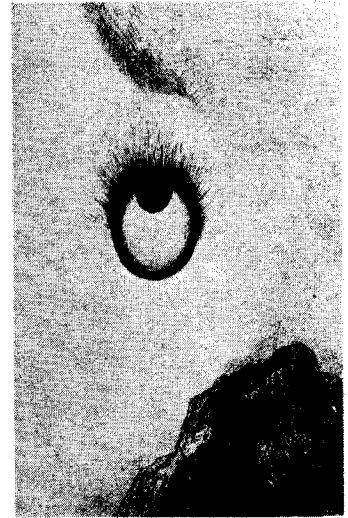
Pienso con la punta de los dedos.

Antonio Pereira, español, en **Los paisajes:**

Anchos a veces, dilatado sueño
de la tierra acostada, que mis **ojos**
ávidos tienen, siguen, y más tienen;
también a **pico** donde el puerto angosto;
azules que promueven sinfonías
o de tan **amarillos** silenciosos.

Gloria Corinaldesi, argentina, en **Para mi consuelo:**

Como
donde tú estás
está el mundo,
cuando
hayas partido
—para mi consuelo—
iré recogiendo
tus **astillas**
en la luz de los **ojos**
de aquellos que durante



Ana Selva Martí, argentina, en **Alma**:

Yo participo de la luz
y en el fulgor sucedes
a dolerme como **espada en las pupilas**.

Deidamia Martín, argentina, en **Amor en rojo y verde**:

Maraña verde que **agujerea pupilas**,
y lanza **dardos** de flores silvestres,
cometas de mariposas en demasiado ámbar.

José María Delgado, andaluz, en **1.2.3. El espejo**:

En este muelle donde nadie vive
si no es por la noche entre ramera,
en este muelle sin barcos ni viajes
donde agitar los pañuelos cuidadosamente
guardados al momento,
en este muelle,
las manchas **ojos-gritos-dientes**,
ojos-gritos-dientes,
ojos-gritos-dientes-infinito,
me persiguen voraces
como a ti alguna vez te han perseguido,
intentando morder con su pintura
donde tres margaritas se mantienen
inútilmente vírgenes al uso.
Las manchas.
Corro por callejas que no vi esta mañana,
(no sé si me persiguen, pues no hacen ruido),
corro tropezando, maldiciendo, blasfemando,
reclamando la vida, requisando
estremecidos fogonazos.
Escondo salpicados
corazones en mi mano.
Lo último que recuerdo son las aguas
y una mancha enorme tras el salto.

Nilda Díaz Pessina, argentina, en **Decepción** de
su libro **Tiempo de amnesia**:

Brillan sus pasos en las sienas
desespera
agujas afiladas sus pupilas
beben su tránsito sediento
y cae vencido de guijarros

Dionisio Aymará, venezolano, en **Poderío de amor** de su libro **La ternura y la cólera**:

Y has llorado con nuestros **ojos acuchillados** de
tiniebla

tú capaz de salvarnos
tú sola
poesía insultada golpeada por quienes
han llegado a tus puertas
desde hace millones de años
hasta tus puertas solamente
porque se necesita amor
poderío
de amor
para cruzar ciertos umbrales
y **todo el idioma**
no basta
para alcanzar tu claridad

es decir
tu misterio

David Escobar Galindo, salvadoreño (1943), en
Con la luz al cuello, de su libro **El corazón de cuatro espejos**:

El viaje permite que vibren y afloren
ciertas inocencias primordiales,
algunas ventanas de buena ley,
ciertos pozos de musgo donde caen ardiendo las
monedas,
absorta luz, incendio bizantino
por callar ante el mismo perfil de la miseria;
el viaje es un reloj, una **punta de lanza entre los**
ojos;
es una mezcla extraña: tiene azúcar y sangre.

Roberto Armijo, salvadoreño (1937), en **Últimos poemas**:

¿Dónde están mis **ojos ocultos** en el trébol,
la luna de la finca
y el verde silvestre de los pinos?
Ojos entre el vaho,
el helecho de las piedras
y los ríos!
Qué luz muerta clavó en sus párpados agujas
de zozobra.
En ciudades extrañas
vagaba bajo el brillo del neón.
En las vidrieras ardía acongojada la luna.

Olga Arias, mejicana, en **Queja de la gallina ciega**:

Hay cosas que suceden
sin que se sepa por qué pasan,
esto pudo haber principiado en la cuna,
o en los brazos de mi nana.
Hay veces que en algún lado
algo o alguien se emponzoña,
se convierte en el gran canalla
y entonces lo absurdo salta.

Que yo recuerde,
primero la oscuridad me envolvía como un capullo,
como una ronda, como una cantinela,
del mismo modo que un arrullo
y aún más dulce y plácidamente.

Luego,
la oscuridad me ceñía igual que otra piel
era un abrazo que me apretaba
y tenía el contacto de una caricia salvaje,
que se queda tatuada,
entonces, tuve miedo,
pero sabía que se trataba de un juego
y no le di mayor importancia.

Pero hubo un día,
en que se convirtió en cilicio
en torno a mi cuerpo,
un día en que enterró tales espinas en mis sienes,
tan dolorosos dientes en mi pensamiento,
que no pude más
y me arranqué la venda,
busqué el sitio de los **ojos**
y al comprobar con terror y espanto,
que no había nada de ellos,
me **clavé bajo las cejas**
las uñas con tan desesperada angustia,
que abrí dos sangrantes retinas,
por las que, contrariamente a toda lógica,
no entró la luz,
sino fluyó una oscuridad más espesa todavía,
una oscuridad más amarga,
más seca, más agria,
una oscuridad cruel y helada,
sobre la que me lancé, armada
con el puñal de un grito.

Hay cosas absurdas que suceden,
porque en algún lado,
algo o alguien se **emponzoña**
y juega con cartas villanas.

Los lectores sagaces habrán advertido la semejanza entre la imagen regresiva oral del ojo y el pezón pinchante, con el pasaje de la **Odisea** en donde Homero pinta a Ulises clavando un asta en el ojo de un cíclope; perteneciente, este monstruo, a un grupo de gigantes que en la batalla llamada Titanomaquia forjaron un **rayo** que permitió a Zeus vencer a los titanes.

Ahora seleccionemos una serie de ejemplos en los cuales contemplaremos la relación de los ojos maternos y el símbolo de la leche que no hubo: la luz:

Rosalía de Castro (1837-1885), gallega, en **Los tristes**:

Y en tanto el olvido, la duda y la muerte
agrandan las sombras que en torno le cercan,
allá en lontananza **la luz de la vida,**
hiriendo sus ojos feliz centellea.

Dichosos mortales a quien la fortuna
fue siempre propicia. . . ¡Silencio!, ¡silencio!,
si veis tantos seres que corren buscando
las negras corrientes del hondo Leteo.

Salvador Rueda (1857-1933), andaluz, en **Ceniza**:

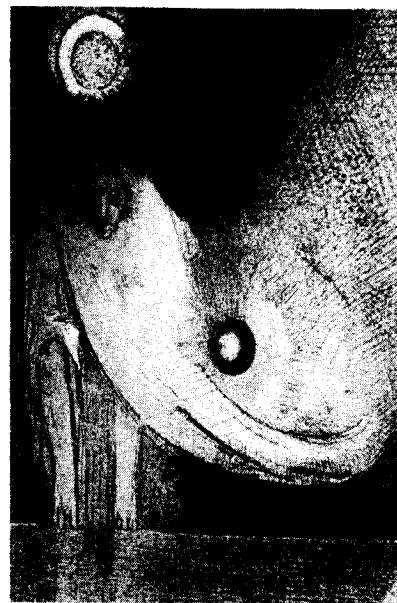
Allí estaban huesosas y **amarillas**
¡oh dolor desolado! las triunfales
rosas hechas de luz, que en tus mejillas
abrió un ángel con dedos virginales.

Allí estaban tus senos extinguidos,
manantiales cegados y dolientes,
lo mismo que sin pájaros dos nidos,
lo mismo que sin música dos fuentes.

Allí estaban tus **cuencas descarnadas,**
tus órbitas horribles y sombrías
iguales a **dos luces apagadas**
iguales a dos lámparas vacías.

Julio Herrera y Reissig (1875-1910), uruguayo,
en **Los ojos negros de Julieta**:

De par en par muy abiertos
cual las puertas del amor,
he visto en sueños **dos ojos**
que me causaron pavor;
golondrinas de mi Otoño



y aureolas de mi Cruz,
¡me alumbraron con su sombra,
me cegaron con su luz!

Porfirio Barba-Jacob (1883-1942), colombiano, en **La dama de los cabellos ardientes**:

Mas la Dama me ahondó tan blandamente
por el muelle jardín de su regazo,
tan íntima en la **sombra refulgente**
me ciñó de las sierpes de su abrazo,
que me adormí, dolido y sonriente.
Me envolvió en sus cabellos,
ondeantes y rojos,
y está la Muerte en ellos,
insondables **los ojos**.

León Felipe (1884-1968), santanderino, en **De Antofagasta a la Paz**:

Tengo los **párpados amargos**...
¿Por qué tengo los párpados amargos?
Se lo pregunto al Viento y al mar
y lo grito aquí ahora... antes de llegar a la nube
inmaculada,
¿por qué tengo los párpados amargos?
¡Otra vez, por favor, sacadme esta **saeta de los ojos**!
—¡Oh luz y amor de mi vida!
Quiero estar lejos del mar y del Viento.
¡Corre, gusanito!... ¡corre, que te pescan!...
Quiero estar lejos del llanto y del amor.
Viento... tú eres el amor... ¿verdad? El Amor
enamorado de la **Luz**.

Delmira Agustini (1887-1914), uruguaya, en **Mis amores**:

¡Ah... y los ojos... **los ojos me duelen más**: ¡son
dobles!

Indefinidos, verdes, grises, azules, negros,
abrasan si fulguran,
son caricias, dolor, constelación, infierno.

Sobre toda su **luz**, sobre todas sus llamas,
se iluminó mi alma y se templó mi cuerpo.
Ellos **me dieron sed** de todas esas bocas...
De todas estas bocas que florecen mi lecho:
vasos rojos o pálidos de miel o de amargura
con lises de armonía o rosas de silencio,
de todos estos vasos donde bebí la vida,
de todos estos vasos donde la muerte bebo...

El jardín de sus bocas venenoso, embriagante,
en donde respiraba sus almas y sus cuerpos,
humedecido en lágrimas
ha rodeado mi lecho...

En **Tus ojos, esclavos moros**:

En tu frialdad se emboscaban
los grandes esclavos moros;
negros y **brillando en oros**
de lejos me custodiaban.

Y, **devorantes**, soñaban
en mí no sé qué tesoros...
Tras el cristal de los lloros
guardaban y amenazaban.

Ritmaban alas angélicas,
ritmaban manos luzbéticas
sus dos pantallas extrañas;

y al yo mirarlos por juego,
sus alabardas de fuego
llegaron a mis entrañas.

Alfonso Reyes (1889-1959), mejicano, en **Ifigenia cruel**:

Pero al furor sucede un éxtasis severo.
Mis brazos quieren **tajos rectos de hacha**,
y **los ojos se me inundan de luz**.
Alguien se asoma al mundo por mi alma;
alguien husmea el triunfo por mis poros;
alguien me alarga el brazo hasta el **cuchillo**;
alguien me **exprime**, me exprime el corazón.

Alfonsina Storni (1892-1938), argentina, en **Cabezas y mar**:

Los focos de sus ojos
entrecruzan
chispas de azul
con el marino empeño
y el ojo
corta el mar
y lo atraviesa
de una **estocada**
larga
que da sangre
de algas
eternas.

En Fiero amor:

Oh, **cien soles** se alzaron por el lado de oriente,
Oh, cien ríos corrieron por la misma pendiente.
Oh, cien lunas de plata brillaron en el cielo
Y cien altas montañas emprendieron el vuelo.

Abrí los brazos: tuve la divina locura
De tocar con mis dedos las cosas de la altura.
Abrí los ojos: tuve la divina tristeza
De **beber con los ojos** la celeste belleza.

César Vallejo (1892-1938), peruano, en
Avestruz:

Melancolía, saca tu **dulce pico** ya;
no cebes tus ayunos en **mis trigos de luz**.
Melancolía basta! Cuál **beben tus puñales**
la sangre que extrajera mi sanguijuela azul!

No acabes el maná de mujer que ha bajado;
yo quiero que de él nazca mañana alguna cruz,
mañana que no tenga yo a quien volver **los ojos**,
cuando abra su gran O de burla el ataúd.

Mi corazón es tiesto regado de amargura;
hay otros viejos **pájaros** que pastan dentro de él. . .
Melancolía, deja de **secarme** la vida,
y desnuda tu labio de mujer. . .!

Vicente Aleixandre (n. 1898), andaluz, en **Ultimo amor:**

¿Quién eres, dime? ¿Amarga sombra
o **imagen de la luz**? ¿**Brilla en tus ojos**
una espada nocturna,
cuchilla temerosa donde está mi destino,
o miro dulce en tu mirada el claro
azul del agua en las montañas puras,
lago feliz sin nubes en el **seno**,
que un **águila solar** copia extendida?

Emilio Prados (1899-1962), andaluz, en **Puñal de luz:**

Este cuerpo que Dios pone en mis brazos
para enseñarme a andar por el olvido,
no sé ni de quién es.
Al encontrarlo,
un ángel negro, una gigante sombra,
se me acercó a los **ojos y entró en ellos**
silencioso y tenaz igual que un río.

Todo lo destruyó con su corriente.
Los íntimos lugares más ocultos
visitó, alborotó, fue levantando
a otro mundo en los bordes de mi beso:
única flor aún viva en el espacio.
Luego en mi carne abrió sus amplias alas
—**alas de luz** y fuego de tristeza—,
clavándole sus plumas bajo el pecho,
todo temblor y anuncio de otras dudas. . .

Rafael Alberti (n. 1902), andaluz, en **Muerte y juicio:**

A un niño, a un solo niño que iba para **piedra**
nocturna,
para ángel indiferente de una escala sin cielo. . .
Mirad. Conteneos la sangre, **los ojos**.
A sus pies, él mismo, sin vida.

No aliento de farol moribundo
ni jadeada **amarillez** de noche agonizante,
sino dos **fósforos** fijos de pesadilla eléctrica,
clavados sobre su tierra en polvo, juzgándola.
El, resplandor sin salida, lividez sin escape, yacente,
juzgándose.

Tizo electrocutado, infancia mía de ceniza, a mis
pies, tizo yacente.
Carbunclo hueco, negro, desprendido de un ángel
que iba para **piedra nocturna**,
para límite entre la muerte y la nada.
Tú: yo: niño.

Bambolea el viento un vientre de gritos anteriores
al mundo,
a la sorpresa de **la luz en los ojos de los recién**
nacidos,
al descenso de la vía láctea a las gargantas
terrestres.
Niño.

Una cuna de llamas, de norte a sur,
de frialdad de tiza amortajada en los yelos
a fiebre de **paloma** agonizando en el área de una
bujía,
una cuna de llamas, meciéndote las sonrisas, los
llantos.
Niño.

Luis Cernuda (1902-1963), andaluz, en **Diré cómo nacisteis:**



No sabía los límites impuestos,
límites de metal o papel,
ya que el azar le hizo abrir los ojos bajo una luz
tan alta,
adonde no llegan realidades vacías,
leyes hediondas, códigos, ratas de paisajes
derruidos.

Extender entonces la mano
es hallar una montaña que prohíbe,
un bosque impenetrable que niega,
un mar que **traga adolescentes** rebeldes.
Pero si la ira, el ultraje, el oprobio y la muerte,
ávidos **dientes** sin carne todavía,
amenazan abriendo sus torrentes,
de otro lado vosotros, placeres prohibidos,
bronce de orgullo, blasfemia que nada precipita,
tendéis en una mano el misterio.
Sabor que ninguna amargura corrompe,
cielos, cielos relampagueantes que aniquilan.

Miguel Hernández (1910-1942), en **Todo era azul:**

Todo era azul delante de aquellos **ojos** y era
verde hasta lo entrañable, dorado hasta muy lejos.
Porque el color hallaba su encarnación primera
dentro de aquellos ojos de frágiles reflejos.

Ojos nacientes: luces en una doble esfera
Todo radiaba en torno como un solar de **espejos**.
Vivificar las cosas para la primavera
poder fue de unos ojos que nunca han sido viejos.

Se los devora. ¿Sabes? No soy feliz. No hay goce
como sentir aquella mirada inundadora.
Cuando se me alejaba, me despedí del día.

La claridad brotaba de su directo roce,
pero los devoraron. Y están brotando ahora
penumbras como el pardo rubor de la agonía.

José Joaquín Silva, ecuatoriano, en **Hombre infinito:**

Animal de vidrio
el ángel de la guardia,
le acompaña el gótico
y el siniestro esperma
de la bienandanza.

Cuando baja el incienso
hasta la mirada
de **luz refractada,**
hállase a la materia
despedazada.

El hombre se para
en éxodo inverso
y domina el orbe,
emperador ciego.
Su cetro es la nada.

El hombre desierto
mira sin ojos,
cíclope adverso,
su advenimiento
ahito de sabor.

La duna en su frente,
arena de sol pálido,
caminante del desierto
por imantadas **agujas**
el hombre deshabitado.

Pedro Garfias (1894-1967), en **Romance:**

Aquí estoy sobre mis montes
Pastor de mis soledades.

Los ojos fieros clavados
Como arpones en el aire.

La cayada de mi verso
Apuntalando la tarde.

Quiebra la **luz en mis ojos**
La perfección de sus mármoles.

Tiene el tiempo en mis oídos
Retumbo de tempestades.

Mi corazón se acelera
Sobre los motores graves.

Vibra mi sien al zumbido
De los vientos pertinaces.

Yo aquí estoy sobre mis montes
Pastor de mis soledades.

Manuel Altolaguirre (1906-1959), andaluz, en **Alma y tierra:**

¡Oh, pobre tierra de mi ser alzada
contra goces y penas de la vida!
Si abro los **ojos**, por la doble herida
la **luz** me adentra carga muy pesada;

Antonio Castro y Castro, español, en **Tan sólo es tierra:**

Yo era tierra en la tierra, con mis muslos, mis dedos,
mis deseos de cieno.
Y veía el enjambre
de los dioses huidos
agitando su **luz** sobre mi rostro
desde ausentes **espejos**. Yo rezaba.

Yo era tierra mirando, remirando
con mis **ojos mi muerte** hacia ser tierra,
tierra madre, colina de mí mismo.
Yo era tierra mirando, tierra errante
por mis **ojos no míos**,
tierra abierta.

Rubén Astudillo, ecuatoriano, en **El vacío:**

Esta es la plaza donde inunda el Frío.
La hora treinta y tres
setenta veces siete; **el ojo de la rampa y los cilicios**;
el suburbio final para caer al Cero solos de
pesadumbre; como
un niño dejado entre ruidos y **arañas gigantes**;
acá no canta
el aire; y las **rocas** se vuelven bolsas de humo con
fiebre genital **dentelladas hirviendo para la sed**,
cuchillos puestos
de pie en el lecho. Acá, ya no hay Santiagos ni
respuestas. Sólo nos queda el Frío. Un muro de **luz**
negra. Un
grito congelado. La campana sin párpados y el
Templo como un
loro de piedra, bostezándose.

Eduardo Lizalde, guanajuatense, en **Pobre Démona:**

La espalda de esta **luz**
son esos sueños tuyos, amada,
que duelen al soñarse
y que hacen florecer las prímulas
y azahares en tus flancos.

Y caen del lecho moras
de grueso jugo, cuando sueñas;
y zarzarrosas crecen
bajo el cojín de pluma;
y tiernos **gansos pican**,
bajo el tálamo, hierbas prodigiosas
del sueño enternecido.

Despiertas luego: me miras,
descubres en mis **ojos** la muerte;
ves en mi mano flores
arrancadas al sueño que soñabas
y se deshacen lentas,
como el mundo del sueño
que pasa a la vigilia,
como el flotante polen
del jardín distraído
hacia los muladares.

Galo René Pérez, ecuatoriano, en **Hondura de mi muerte:**

Me encontrarán debajo del camino,
como río hundido en la arena de su cauce.

Un frío intenso bajará, lento y goteante,
de la sábana recogida de mis huesos,
cuando distante desmenuce la tierra
la húmeda canción de las ranas,
verdes y emboscados filtros de la lluvia.

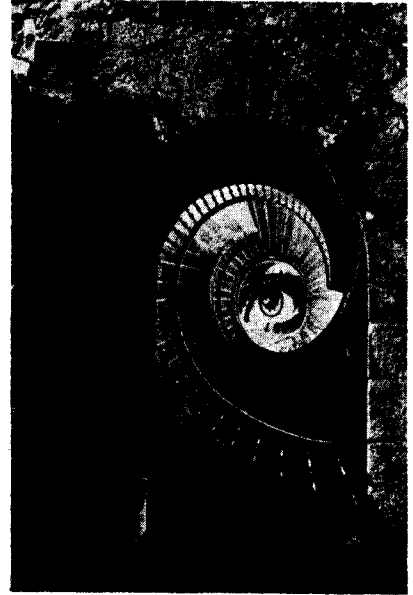
La dura densidad de un aire inmóvil
abrirá la tiza ya desnuda de mis dedos,
mientras queme la tiniebla como un sol de mediodía.

Alucinado por la invencible quietud de la muerte,
veré a la oruga del tamaño de un mugido,
y sentiré la **sed intensa** de mi cal abierta,
y creeré en la presencia de lánguidos camellos
que lleven en la frente un pañuelo de beduino
y un Egipto de pirámides en la línea de la espalda.

Ya no lucharé con Dios en planos desiguales,
y me encontraré muy hondo para el **ojo abierto**,
porque quiero rescatarme de esta **luz impura**
y apagar con mi sangre la **sed de las hormigas**.

Octavio Paz, mejicano, en **Lauda:**

Este cuarto, esta cama, **el sol del broche**,
Su caída de fruto, los **dos ojos**,
La llamada al vacío, la fijeza,



Los dos ojos feroces, los dos ojos
Atónitos, los dos ojos vacíos,
La no vista presencia presentida,
la visión sin visiones entrevista,
Los dos ojos cubriéndose de hormigas,
¿Pasan aquí, suceden hoy? Son hoy,
Pasan allá, su aquí es allá, sin fecha.

Manuel Ruano, argentino, en **Bajo los cielos:**

Yo tengo ahora los recuerdos de tus reflejos de
Alice Springs, como oigo los cantos de los ángeles
y adivino tus movimientos en el espejo.

Yo veo que **salen de tus ojos peces luminosos** como
ráfagas y turbias son las lágrimas de la vieja can-
ción como lejos está Alice Springs. Y sin embargo,
me quedo gritando en esta antigua feria de las
costumbres llena de flores rojas ocultando el sen-
tido de nuestras almas. . .

Yo que he entrado en la locura de los discursos
peligrosos y el miedo me penetra y soy capaz de
llorar cuando veo que salen peces luminosos de tus
ojos, como salmones del mar; y arden los recuerdos
como en una fiesta del mundo y arden tus **ojos co-
mo piedras traídas del sol.**

Blanca Rosa González Barlett, argentina, en su
poema **La huella:**

Dejo la pluma correr y voy tras ella
como un **pájaro ciego** que a distancia
le sorprende la noche. . .
¡Le es lo mismo: sabe de **luz**
ya su **pupila** enferma!

Reconoce la sombra que le cerca:
siente el impacto de la **luz** ¡le hiere!
y acusa su radar; más no fatiga
de así volar con su **pupila ciega.** . .

Y volando, volando se radica
donde su intenso pensamiento llega.

Se detiene en la comba del vacío,
canta a la **luz**, al cielo y al azul
y cantando ilumina plenamente
su **pupila sin luz!**

Miguel Menassa, argentino, en **Capitán Cat:**

Cuando Perkins y Morgan en alta mar
pretendían atemorizarme
luchando como adolescentes
contra el mar .
las ballenas asesinas o alguna embarcación inglesa
—que para esa época eran terribles—
Y Perkins con su corbata negra
Y Morgan dale que dale con el arpón;
yo solía entretenerme con Rosie Probert y
esas cosas del amor
y mi madre muerta dentro de mis **ojos sin luz**
como si todo el universo estuviera en mis **ojos**
y todo el universo era el mar.
Mis ojos y el mar se parecían
y la aventura era sin dudas, para mí,
mi madre enloqueciéndose dentro de mis **ojos.**

Miguel Angel Garmendia, mejicano, en **Mi tesoro,**
uno:

Fue grande mi temor,
creer, saber que podía morir.
Algunas veces lo admiraba,
las niñas lo enfocaban,
mil veces, diez mil, cien mil aumentos.
Era mi tesoro
lo tomaba en mis manos,
lo **bebía con mis ojos.** . .
Alcanzaba a sentir su calor. . .
su energía. . . Y sus **rayos**
me quemaban los dedos.
Pero como todas las cosas,
un día al fin murió,
y ahora,
mi átomo de uranio ya no brilla.

Vicente Géigel Polanco, puertorriqueño, en **Alma**
samaritana:

Darte en rosas, amores y ternuras
es el destino claro de tu alma samaritana.
De todo hay en el huerto florido de tu vida.

Suelta el chorro de cristal de tus aguas amorosas,
y engalana la mañana con madrigales de **luz.**

Ría en los **ojos** tu gracia fascinante de mujer,
y en los cálidos timbres de tu voz
cante su sinfonía el corazón.

Naciste para amar y ser amada,
para darte en la música del verso,
para entregarte sensual y enamorada
en delicias del Arte que sublima y redime.

Samaritana, vuelca tu cántaro de gracia
en la boca sedienta,
que una gota tan sólo de tu agua refrescante
hará feliz al hombre que cifre en ti su gloria.

Máximo González del Valle, andaluz, en
Enmudecer:

Mis ríos de palabras se tornaron
arenal de ecos muertos. Lentamente
tomé gusto al silencio. Y mi alma siente
que, hablando, mis secretos se esfumaron.

Las voces —no sé dónde— me arrancaron
mi luz y flor internas. Fui un demente
cantando por cantar. Hoy, quedamente,
lloro lo que mis gritos me robaron.

Hoy, digo sin decir. Me hablan los ojos,
mis arrugas, mis íntimos rastrojos,
mis recuerdos: mi vida no vivida.

Callado, soy más hombre. (Así, callando,
me habla el Otro; y yo voy recuperando
la belleza y verdad de muerte y vida).

Manuel Moreno Jimeno, peruano, en **Siempre en
el centro los ojos:**

En los extremos de la luz naciente de los días
A la hora del cruento asedio
Alertas los ojos
Con su fuerza de llamas

Los ojos
Al despuntar de cada aurora
Los ojos
En el corazón del universo

Ya nada es pasajero
Nada se pierde
El tiempo desleído reverbera en el acto
En cada conflagración abierta de par en par
Desde todas partes
La liberación proclamada iza sus fuegos
Y los ojos

Siempre en el centro los ojos
Los ojos ponen en claro
Las pendientes entreabiertas de los días
Las luces favorables

Arcadio Noguera Vergara, mejicano, en **Ojo:**

De enigmático rostro descuajado,
síntesis de jaguar y de paloma,
un ojo de pupila indefinible
taladra la tiniebla calinosa.

Fragmento de sutil mirada aguda
suspendida en el centro de una gota,
ignoro si es precepto imperativo
o fuga de la luz hacia la sombra.

Fernando Sánchez Zinny, argentino, en
Mutaciones:

Para el que es y era y huye. Como, instante
a instante, el agua va buscando al agua
por las tierras y extiéndose y desagua
y es el eterno mar y el mareante.

Al siempre uno e idéntico; no obstante
la muerte y la luz y el rodar del agua
y las horas y que en la impía fragua
su rostro trueque el numen inconstante.
Rojo, cuando el despuntar o el poniente,
o verde, —así en los años y en el prado—,
o azul de mar, de cielo y poesía.

...En los ojos de Cronos omnisciente
ondula aquel senil e innominado
fuego en que se halla la melancolía.

Eduardo J. Vercher, valenciano, en **Tiernos
gatos del río:**

Entre todos lo hicimos, niños como vosotros
recién nacidos odios, tiernos gatos del río.

Soñolientos aún, vuestros táctiles ojos abrían
la carnívora flor de un mundo luminoso y extraño.
Por la espinosa luz enamorada.
Por su enjambre de silbos
armoniosamente amenazantes. Por
las cañaveras y los juncos,
de un verde silencioso todavía, ensayando
sus pensativos ríos
diminutos y ciegos.

Al pie de las eternas aguas niñas y dulces
—larga larva infinita de gorgoros agónicos—. . .
Vuestra presencia quejumbrosa,
desamparada y débil.

Elba Ricciardi de Cerrudo, argentina, en **Yo he muerto en el mangrullo muchas veces:**

He muerto en el mangrullo muchas veces
Las sombras agoreras son **arañas**
que arman la soledad trágicamente
y la **clavan con luz de "luces malas"**

Las **flechas** del peligro que no duermen
andan planificando la emboscada
y se afilan las uñas y los dientes
con el hueso de un grito sin garganta

Crecen **ojos** que ven, oyen y huelen
por la piel, en las venas y en el alma
El músculo resuelve su batalla
en la cruz sin final de cada guardia.

Viene el alba después. Y por el Este.
Mas siempre es un relevo que se atrasa. . .

Abel Robino, argentino, en **Mala persona**, plasma la misma imagen:

De mal aguero soy,
de magistrales muertes vengo
donde arrodilladas madres
conjuntamente con las **arañas**
tejen colgadas de la miseria.
Mala luz me ha hecho
que sólo me intereso por la sal
donde cada hijo refleja
en qué parte del sabor espera
y si no me dan lágrimas no amo.
Hasta que me pesque la muerte
haciendo de mis mentiras su reglamento
y me den por enterado su parentesco.

Cristina Lacasa, poeta de Lérída, en su poema **Sin títulos**, plasma la formación paranoica:

Ya lo veis: ni este verso,
que escribo entre dos luces, entre dos
miradas que me acechan.

Fredo Arias de la Canal

Arte popular de Guerrero, México.



Fotografías de Claudia

cartas de solidaridad de la comunidad hispanoamericana

DE LIMA

Con el último arribo de NORTE llegó también una noticia de enorme peso por la implicancia que de hacerse realidad habría de tener dentro de la comunicación y el abrazo fraternal por la que NORTE ha bregado de manera incansable en el territorio del hombre y de su tiempo con tiempos.

¡Surgió el peligro de que a NORTE los patrocinadores la abandonen!

Recorro mi pueblo y son los niños descalzos corriendo en pos de su infancia.

NORTE ESTABA AHI TRATANDO DE OTORGAR A LOS NIÑOS EL MUNDO QUE LES PERTENECE.

El egoísmo y la ambición (frutos oscuros de la condición humana) hacían surcar balas en el cielo de los pechos hermanos Y ERA NORTE BUSCANDO LA COMPRESION ENTRE LOS HOMBRES PARA QUE NO HAYAN MOTIVOS PARA TALES INIQUIDADES.

Y en el campo de la cultura universal, en el campo de las actitudes de trascendencia, NORTE SIEMPRE SE HA CONSTITUIDO EN LA LUZ FLAMEANDO BIEN, VERDAD, JUSTICIA, LIBERTAD, para los hombres de la patria americana y para los hombres de nuestra dolida y esperanzada tierra.

NORTE PUSO DIA A DIA, NOCHE A NOCHE SU SEMILLA DE LUZ, y confiamos plenamente en que los altos espíritus que hay entre los patrocinadores no le negarán su colaboración. Y a pesar de los embates, creemos que NORTE seguirá por siempre entre nosotros.

En nombre del destino histórico de nuestros pueblos y en nombre de la esperanza porque NORTE siga adelante, me despido con un fuerte abrazo.

Abdón Dextre

DE KIOTO

Acabo de recibir el número 279 de "NORTE". Esta vez se me han enviado varios artículos sobre el caso de Puerto Rico. Francamente me son muy interesantes, y he podido comprender algo serio y profundo de parte de los puertorriqueños. Muchísimas gracias.

Como uno de los hispanistas orientales tengo bastante interés en las cosas de Puerto Rico, ya que me dedico especialmente a los estudios filológicos de la lengua. Para comprender acertadamente los problemas lingüísticos, hay que tener siempre conocimientos históricos, políticos, económicos, etc. además de los culturales. En este sentido el No. 279 de NORTE me ha ofrecido con varias noticias que se me servirán de uno de los apoyos de pensamiento. Se lo agradezco mucho.

A propósito, encontré una hoja de aviso sobre la posible suspensión del envío de esta revista NORTE. Lamento mucho. Espero sinceramente que los receptores positivos apoyen a los distinguidos patrocinadores. Y yo, aunque sea de postura pasiva, como verán, aspiro a que los señores patrocinadores de NORTE tengan en cuenta que sí también en Japón hay un hispanista que siempre admira la revista NORTE como profesor intelectual y artístico, vocero más fiel de los pensamientos actuales positivos de la América Hispánica.

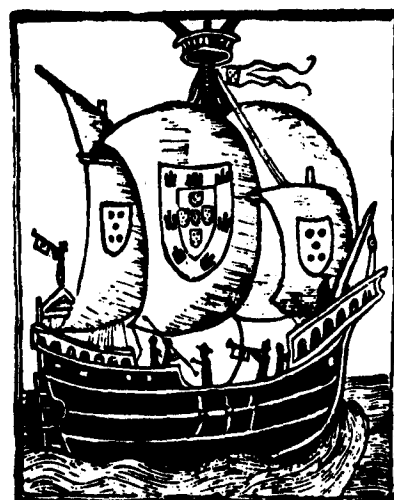
Sin más, y deseándome que el próximo número de NORTE me llegue oportunamente con las noticias y artículos tan interesantes e inteligentes, aprovecho esta ocasión para saludarle.

Junnosuke Miyoshi

DE BUENOS AIRES

Continuamente me favorece usted con el envío de su espléndida revista NORTE, en la que he tenido el honor de colaborar. La colecciono cuidadosamente. Sus artículos, particularmente los de índole psicoanalítica debidos a su pluma, son de una novedad excepcional, clarificatorios en grado sumo y desde ya indispensables en la bibliografía, como el ensayo dedicado a Sor Juana Inés de la Cruz. Me apena la idea de que el envío de la revista pueda ser suspendido.

León Benarós



DE MADRID

Creo, en la parte que me corresponde, que nos hemos hecho acreedores a su amenaza, a la amenaza de que su Revista va a dejar de salir, porque siendo NORTE extraordinariamente buena y llegándonos puntual y generosamente a nuestro apetito intelectual, nuestras manos no han tenido la delicadeza de volar sobre el teclado de la máquina y escribir cada número el acuse de recibo y el aplauso que se tiene bien ganado.

Soportamos muchas veces lo que nos merecemos: no pocos de los que se consideran, o nos consideramos ajenos a la masa, merecemos idéntico calificativo; "El derecho al tiranicidio", que usted, aunque abarcando extensiones más amplias, describe, como siempre, magistralmente, en el número que acaba de llegarme: 279.

Creo que debemos —todos—, entonar el mea culpa y acercarnos a NORTE y a todos y cada uno de los que hacen el milagro de su nacimiento cada número, y ofrecer nuestro arrepentimiento con las manos abiertas y el corazón y las sienes limpias de pereza y egoísmos, porque NORTE no merece la decapación que, nosotros, los que gozamos de su calidad, le estamos proporcionando. Yo prometo personalmente que abandonaré la desidia en corresponder a su llegada, porque, si gozo en su lectura y me enriquezco con su calidad, justo es que mi pluma y mi máquina, mi pensamiento se activen en dirección a su origen y en favor de su continuidad. Su calidad literaria, su línea humano-política, su enfoque y manera de ver el mundo deben seguir siendo faro de quienes despertamos cada día con la esperanza de un mayor y más justo acercamiento entre los hombres.

Nicolás del Hierro

DE GREENWICH, CONNETICUT

Acabo de recibir el primer ejemplar de NORTE, del presente año que ya empieza a envejecer. Su llegada me ha puesto, como de costumbre, en un estado de efervescencia. Curiosidad inaplazable, profundo interés de leer y gustar el material sólido y de sustancia que siempre traen sus páginas. Sería para mí una verdadera calamidad no tener que recibir más, una revista que ya tiene un sitio permanente en las horas de mi vida asignadas a la lectura. Lectura sostenida, no para matar el tiempo sino para asimilar las ideas y pensamientos de sus artículos. En nada halla satisfacción plena mi apetito y voracidad de aprender algo nuevo cada día, como en NORTE. Norte es mi norte.

De Norte, tan acertadamente dirigida por Ud., me gusta todo. Especialmente esos artículos y ensayos psicoanalíticos, de carne y hueso, en los que Ud. explora, huronea, escudriña, en los escondrijos recónditos y misteriosos del subconsciente humano. A la vez, analiza con rigor clínico las costuras, resortes y motivaciones que nos mueven en la vida.

Norte es una revista admirable. Mi tabla de salvación en un mar de la lengua inglesa en que tengo que batallar para mantener incólume mi hermosa lengua materna. Esas páginas henchidas de estudios literarios, su antología de poesía contemporánea, sus brillantes incursiones en la pintura, la escultura, la danza, y en general todas las artes, hacen de Norte, no una mera revista de variedades, sino un instrumento maravilloso de cultura y un vehículo de vinculación espiritual entre escritores y lectores. Además, es innegable que Norte nos revela una faceta interesante del espíritu mexicano, que sostiene y hace circular una revista cultural tan magnífica sin ninguna intención de lucro.

De mi parte, mi sincera gratitud por el envío constante de ella. A la vez, también mi admiración y agradecimiento a las compañías industriales mexicanas, que con tanta generosidad e inteligencia patrocinan una revista tan excelente como NORTE.

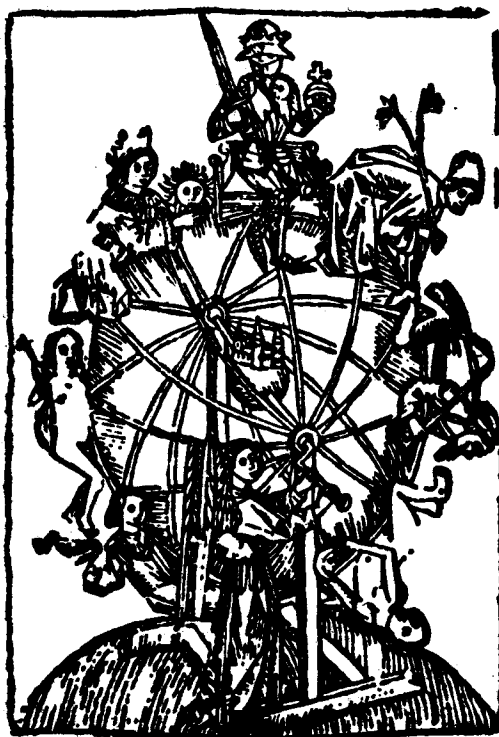
Primo Castrillo

DE LIMA



«El poeta es el hombre. Y todo intento de separar al poeta del hombre ha resultado siempre fallido. Por eso sentimos tantas veces como que tentamos a través de la poesía del poeta algo de la carne mortal del hombre. Y espiamos, aun sin quererlo, aun sin pensar en ello, el latido humano que la ha hecho posible; en este poder de comunicación está el secreto de la poesía que, cada vez estamos más seguros de ello, no consiste tanto en ofrecer belleza cuanto en alcanzar propagación, comunicación profunda del alma de los hombres.»

VICENTE ALEIXANDRE



Patrocinadores:

ORIENTAL MICHOACANA, S. de R. L.

TEXTILES INDUSTRIALES, S. A.

EL PINO, S. A.

CIA. INDUSTRIAL MEXICO, S. A.

HILADOS SELECTOS, S. A.

IMPRESOS REFORMA, S. A.

LA MARINA, S. A.

LAMINAS ACANALADAS INFINITA, S. A.

REDES, S. A.

RESINAS SINTETICAS, S. A.

RESTAURANTE JENA

